

Barbuchín

¿Ves a ese enanito de pelo largo? Por ser tan barbudo lo llaman Barbuchín.

Setenta años tiene ya. Pero es tan pequeño como mi dedito gordo.

Cuentan que vivía en un gran bosque. Que una vez iba camina que camina, y se perdió.

Un leñador lo vio escondido detrás de un hongo. Como ya era tarde, se lo llevó para su casa.

Barbuchín temblaba de miedo. Pensó que el leñador le haría algo malo.

Ahora vive muy contento. Y es que el leñador le da cuanto necesita.

La niña de la casa le cose sus vestidos. De una vara de tela le hace veinte pantalones, diez casacas, veinte capuchas y veinte sábanas.

¡Míralo cómo se pasea ahora por el bosque! Va vestido de casaca y pantalones verdes. Su capucha y sus zapatos son rojos. El cinturón es negro.

¡Qué feliz se siente el enanito!



Nerón

Nerón es un perrito muy juguetón.

Rompe mis juguetes sin respetar.

Ayer le di la queja a su mamá. Ella por eso lo regañó.

¿Sabes cómo le dijo?:

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Y el pobre se puso a llorar tras de una puerta.

¿Sabes cómo decía?:

¡Au! ¡Au! ¡Au!

Después doña Perruca fue a buscarme. Me dijo que perdonara la travesura.

¿Sabes cómo me dijo?:

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Y yo le respondí: No hay de qué, doña Perruca.

Pero Nerón siguió llora que te llora tras de la puerta.

Decía: ¡Au! ¡Au! ¡Au!



El Gallo Gordo

Un día Filomena fue al mercado. Allí compró un gallito pichón. Al llegar a casa, lo soltó en el patio.

Por ahí andaba el gallo gordo. Cuando vio al pequeño, se le acercó. Después le dijo: ¡Pobrecito! ¡Qué flaco y qué feo te ves!

El gallito le contestó: Vine hoy del mercado. Soy muy joven también. Si me cuidan, ya verá cómo engordo. Me pondré tan hermoso como usted.

Eso fue un día sábado. El domingo, Filomena asomó por el patio. Buscó al gallo gordo, y lo cogió. Luego fue a la cocina, y allí el pescuezo le retorció.

Filomena está contenta. Cuida muy bien al gallito pichón. Dice que pronto va a engordar.

¡Pobre gallito cuando engorde como el otro!



Popi y Luli

Popi es un perrito comilón. Por más que come no engorda.

Termina su comida, y va a quitar la suya a Luli, su hermanito.

Un día de éstos ¡Pum! Popi va a reventar de tanto comer.

Luli, en cambio, es un perrito muy listo y muy educado.

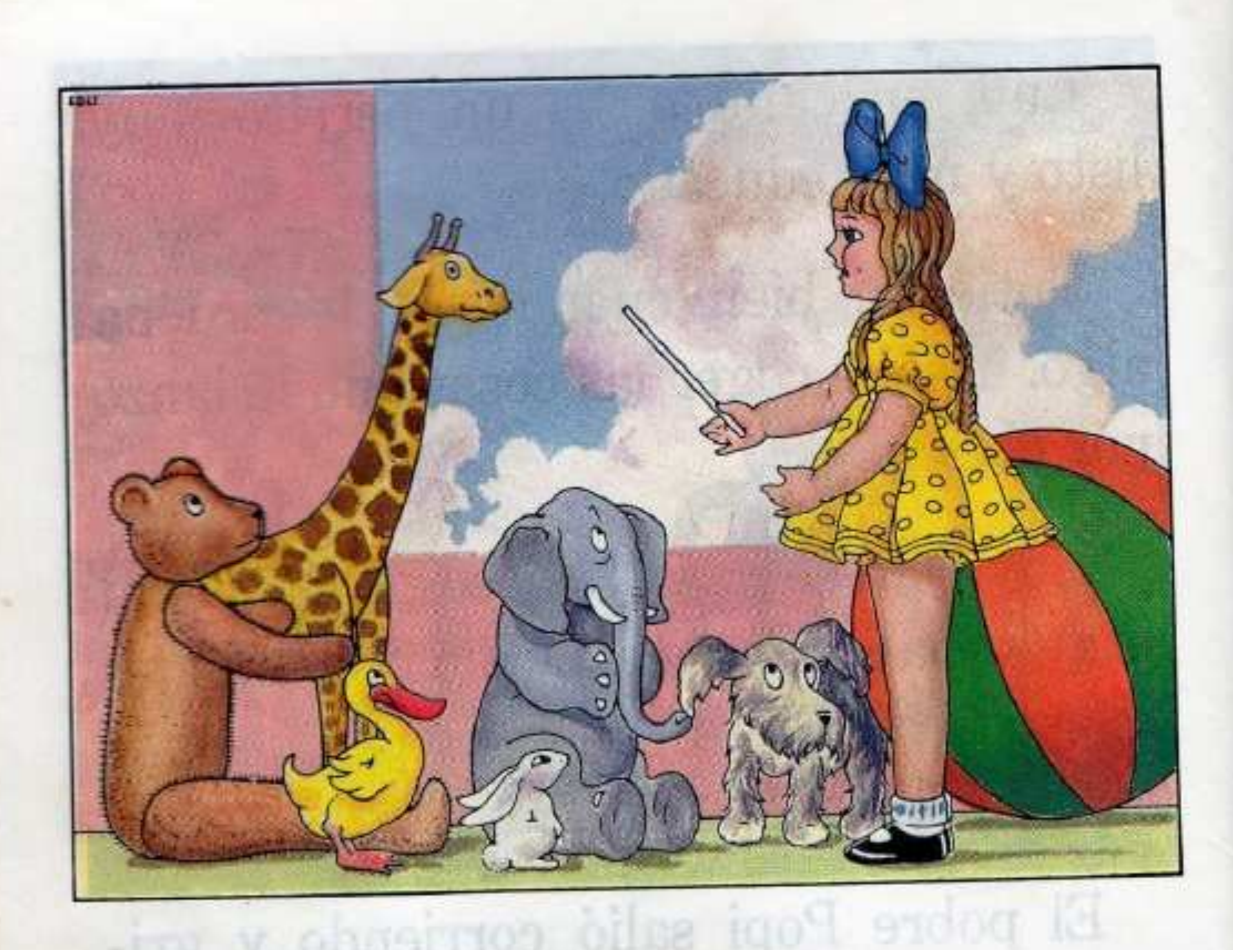
Entiende bien cuando se le ordena algo. Y sabe coger las cosas que le lanzo por el aire.

Hoy Luli se puso furioso porque Popi le quitaba su comida. Le dio dos grandes mordiscos. Fue uno en el pescuezo, y otro en la oreja.

El pobre Popi salió corriendo y gritando: ¡Au! ¡Au! ¡Au!

¿Verdad que eso le pasa a los comilones?

A ver si Popi aprende a respetar a su hermanito. Si no ¡pobres orejas las de Popi!



La Escuela de Marilú

Ésta es la escuela de Marilú.

¿Ves cuántos alumnos tiene?

Todos están muy quietos y callados, porque ella les dijo que no hicieran bulla.

Marilú es la maestra. Va a enseñarles a leer.

Pero ¿cómo hará Marilú para enseñar a los chicos? Ella tampoco sabe leer.

Ayer la trajeron de un bazar. Estaba en una vitrina. Vino con su precioso vestido amarillo y zapatitos negros.

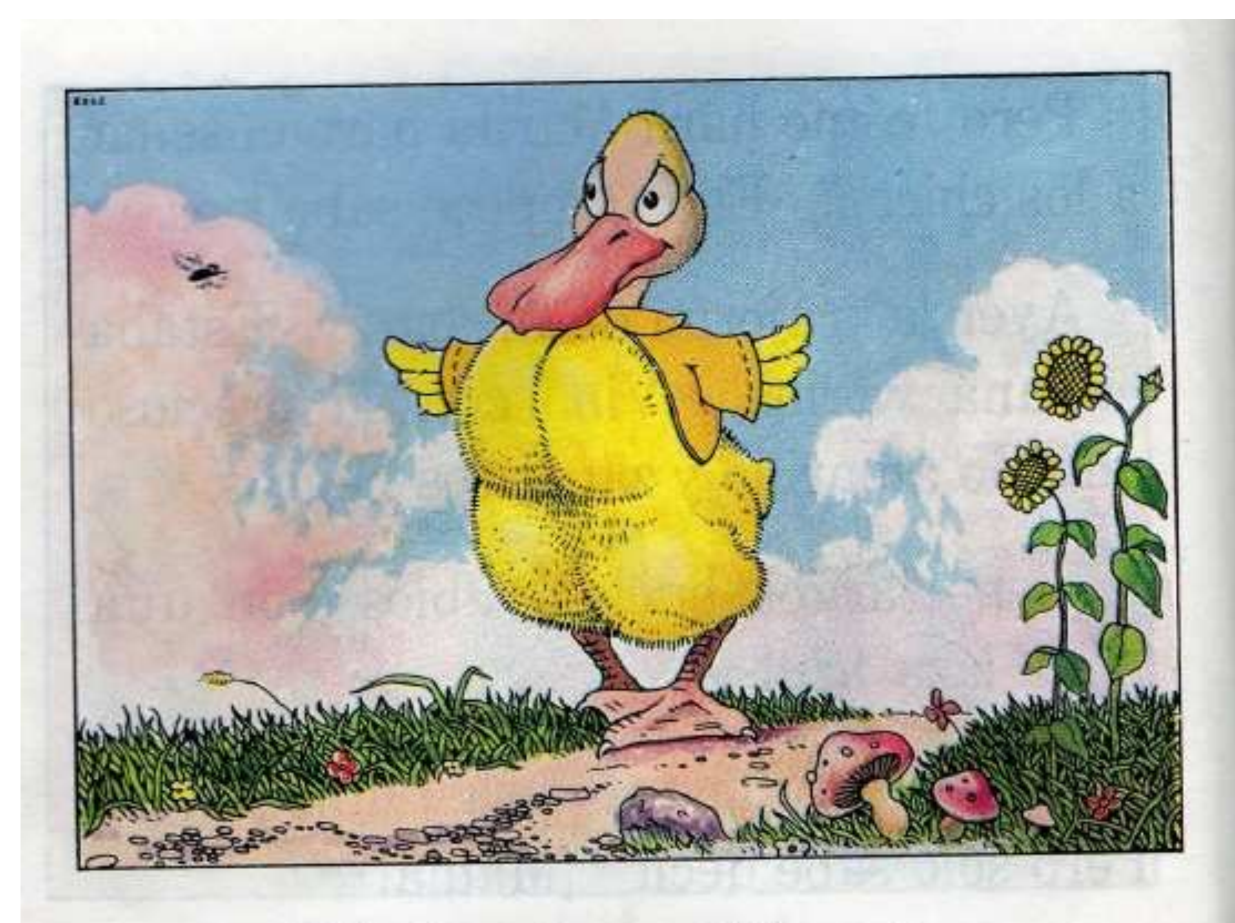
Tiene largos bucles rubios, con una linda laza azul.

Marilú es una preciosa muñequita. Pero sólo sabe decir "¡Mamá!"

Los alumnos están todos en la sala de clase. Sólo esperan que ella empiece la lección.

¡Oh, Marilú! ¡Marilú!

¡Quién supiera como tú!



El Patito Glotón

¡Mira cómo se acerca el patito glotón!

Vestido de amarillo, se cree un gran señor.

Por aquí o por allá, cazando siempre va.

Si mira una mosquita, corre tras ella el nadador.

Algunas moscas van al buche, pero otras pueden escapar.

Conté con mis deditos: ¡una! ¡dos! ¡diez! ¡quince! ¡cien!

Como mil moscas ha cazado el patito glotón.

¡Oh! ¡Cuántas mosquitas comes, señor patito nadador!

Por eso el señorcito, de comer y comer, tendrá una terrible indigestión.

Y al pobre le dará doña Patita ¡dos onzas de sulfato con limón!



Buti Llora

¿Lo ves allí? Está llora que llora. Es un leoncito llorón.

Su madre es doña Leonina. Ella es muy buena. Pero con Buti es muy dura.

—¿Por qué llora su hijo, doña Leonina?

—Porque no quiere ir a la escuela. A él le gusta más ir a jugar con sus amigos.

Le hace travesuras al gato Micifuz. Dicen que hace cosquillas al maestro, cuando se queda dormido.

—¡Ah, qué pícaro leoncito! ¿Y usted lo castiga, doña Leonina?

—¿No lo ve? De tanto castigo ya tiene las orejas y la cola muy largas. Míreselas.

—¡Pobre leoncito llorón! ¡Qué orejas te ha dejado tu mamita!

Y el pobre Buti ¡llora y más te llora! Él piensa que los chicos muy traviesos no debían tener orejas ni colita.



Mi Canasta

Mamita me ha dicho
que Dios me mandó
en esta canasta
que aquí tengo yo.

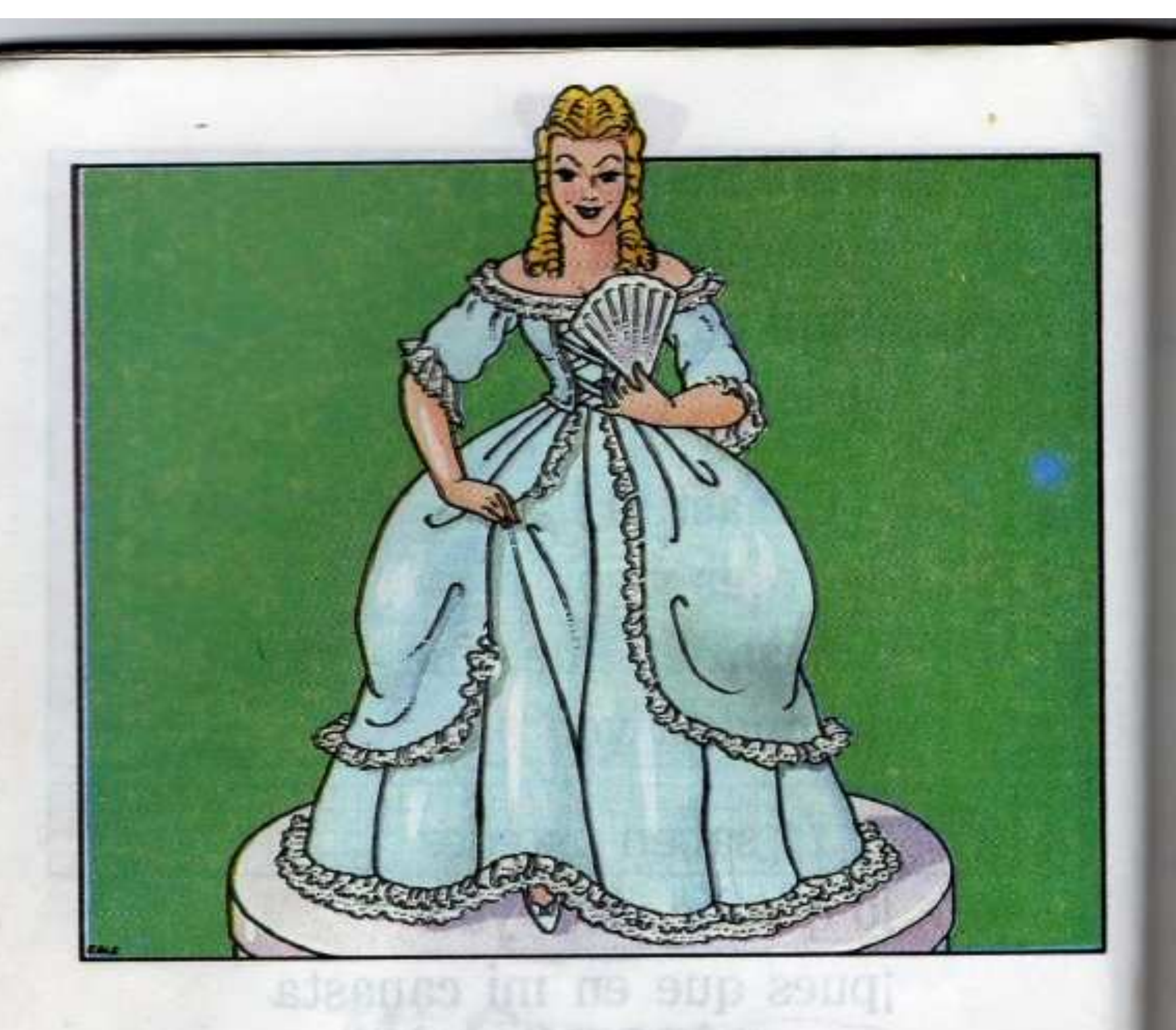
Un ángel la trajo,
vestido de azul;
un ángel del cielo....
¿No lo viste tú?

Mil mariposítas
vinieron con él,
y mil pajaritos
vinieron también.

Canastita llena
de rosas y sol;
canasta en que vine
dormidita yo.

Y ¿saben ustedes
lo que he visto ya?:
¡pues que en mi canasta
compraban el pan!

Para el recitado de NIÑOS, simplemente cámbiese el género de "dormidita" por "dormidito."



Muñequita de China

Muñequita de china soy.

El abuelo de mi ama me trajo de muy, muy lejos.

Muchos años hace que estoy guardada en una vitrina. Allí estoy con otros juguetes de mi dueña.

Mi vestido está ya un poco desteñido. Pero era de fina tela celeste. Y tenía encaje blanco.

Cuando mi amita era pequeña, daba cuerda a mi maquinita. Entonces yo bailaba con una linda música: tin... dan... tin... din...

Todos decían que yo era preciosa.

Después, mi amita creció. Le regalaron muchos juguetes. Ahora ya no juega conmigo.

Hace tiempo que me guardó en su vitrina de juguetes viejos.

Tampoco bailo ya. Pero ¡qué aburrido es no hacer nada!



La Monita Remedona

A Lolita le regalaron esta pícara monita. Se llama Mimí.

Tiene ojos muy vivos, y es muy ágil. Pero también es muy traviesa. Sobre todo, le gusta hacer lo que hacen las personas de la casa.

Una vez vio a Lolita hacer una costura para su muñeca. En un descuido cogió la aguja y la tela, y se pinchó la mano. ¡Cómo chillaba!

Otra vez quiso imitar a don Julián. Él fumaba en la sala. Cuando lo vio lanzar la colilla del cigarro, Mimí la recogió, y se quemó el hocico. ¡Cómo chilló otra vez!

Siempre que se daña, hace una gran bulla con sus gritos.

Ahora ha sacado de su cuna la muñeca de Lolita. La mece como ha visto que su amita lo hace.

Se ha puesto también una gabacha de la niña. Ella cree que es una linda mamá.



La Negrita Mina

Esta graciosa negrita es Mina.

Sus padres son nuestros amigos.

Ella tiene ojos negros y pestañas vueltas.

Su pelo es rizado; es negro como carbón.

Y ¡qué dientes tan blancos tiene Mina! Son como trocitos de coco.

Los domingos, cuando va a misa, esa negrita es un encanto. Parece una muñeca. Lleva vestido blanco de bolitas rojas. ¿Ves? También tiene una moña roja en la cabeza.

Mina ya va a la escuela. Su maestra la quiere mucho. Dice que es una niña muy estudiosa. Saca siempre las mejores notas de su clase. Además, es muy buena.

Los abuelos de Mina llegaron aquí hace muchos años.

¿Por qué dirá papá que ella tiene genio más dulce que la miel?



Birutí

Los señores han sacado a pasear a Birutí. ¿Quién crees que es él?

Pues es este lindo osito que aquí ves.

Un día el médico les dijo: Es bueno salir de paseo al aire libre.

Como es día domingo, ellos quisieron salir con su pequeño.

Doña Osa va muy bien vestida. Lleva traje de seda y sombrero con pluma. Lleva también la sombrilla que don Oso le dio el día de su santo.

Él va de levita, sombrero combo y bastón. Lleva también anteojos.

A Birutí le han comprado un velocípedo. Es un velocípedo muy bonito.

El chico va ahora muy feliz, corre que corre.

¿Sabes qué quiere Birutí que le compren ahora? ¿No adivinas?

¡Un avión! Quiere ser aviador.

Ellos se lo han ofrecido, si se porta bien.



Caracolillo

—¡Caracol! ¿En dónde estás?

—Busca; busca un poco más.

—¿Por qué no sales al sol?

—Porque estoy en esta col.

¿Me conoces? Soy Caracol, Caracolín, Caracolillo. Dime como quieras.

Mira si soy un chico feliz.

No llevo zapatos, porque Dios no me dio ni una patita.

No tengo nunca penas, porque no hago daño a nadie.

No compro ropa, porque siempre ando desnudo.

Me gustaría tener unos guantes de beisbol, pero tampoco tengo manos.

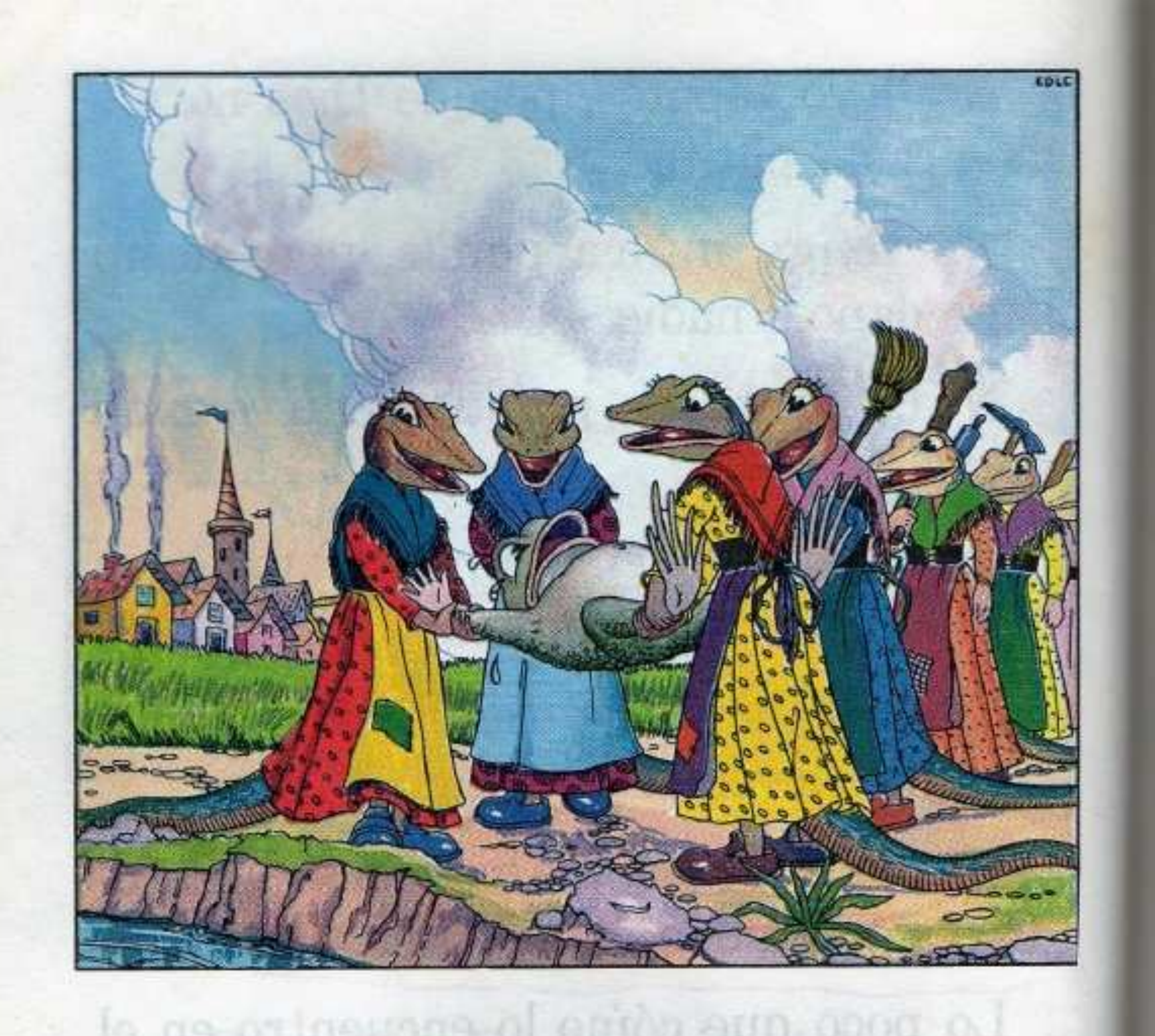
En la cabeza llevo dos cuernecitos. Ésos me sirven para tocar las cosas.

Un día una nena me hizo un sombrero. ¿Crees que me lo pude poner?

Lo poco que cómo lo encuentro en el lodo o en el agua. Por eso vivo en las pilas o en los arroyos.

No pago alquiler, porque siempre llevo encima mi casita. ¡Mira qué casita tengo!

¿Verdad que soy un chico feliz?



El Sapito Cantador

Las lagartijas, en el barrio, querían castigar a un sapito cantador. Y es que no las dejaba dormir todas las noches.

Una tarde se juntaron toditas, y lo cogieron.

¿Qué hacemos con él? — dijo una muy coluda.

¡Lo vamos a tostar! — dijo otra de la espalda verdosa.

¿Por qué no lo ahogamos? — dijo una de la barriga blanca.

¡Ay, no! ¡Ay, no! — empezó a gritar el sapito cantador.

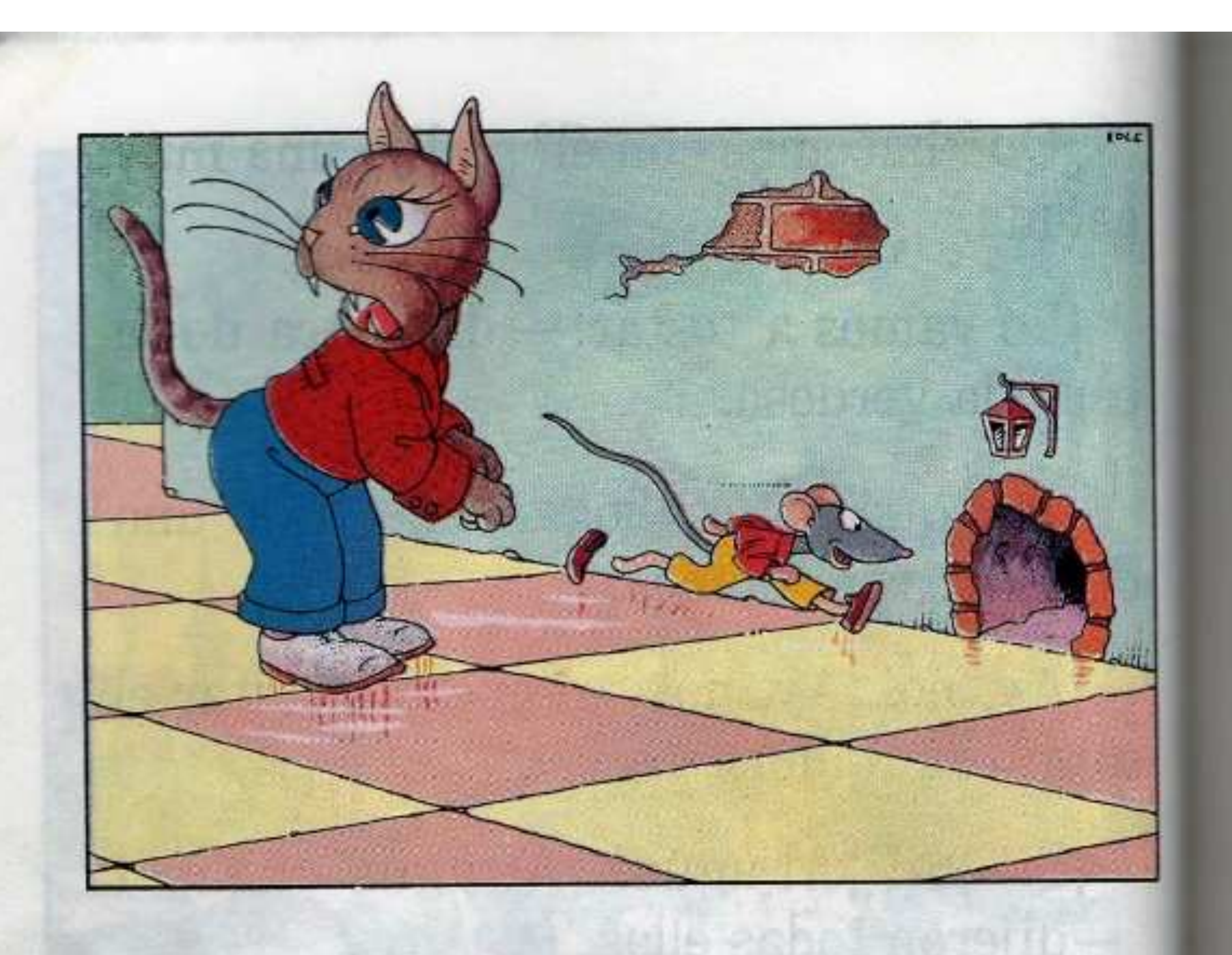
¡Sí! ¡Sí! ¡Al agua! ¡Al agua el sapo! —dijeron todas ellas.

Entonces lo llevaron al estanque. Ya en la orilla, entre cuatro lo echaron al agua.

¡Muera! ¡Muera el sapo chillón! —gritaron ellas.

¡Puc! — hizo el sapito cuando cayó.

Las lagartijas se fueron muy contentas. Pero esa noche volvió a cantar en el barrio el sapito cantador.



Micifuz

¿Ves este gracioso gatito? Es Micifuz.

La otra vez cogió un ratón. Tenía su hoyito en una pared del patio.

¡Qué travieso ratoncito! ¡Cómo ha roto tántos papeles de papá!

Micifuz lo agarró cuando el otro salía de la alacena. Como allí guarda mamita el queso y las salchichas...

El gato no pensaba comérselo muy pronto. A él le gusta divertirse primero con los ratones que coge.

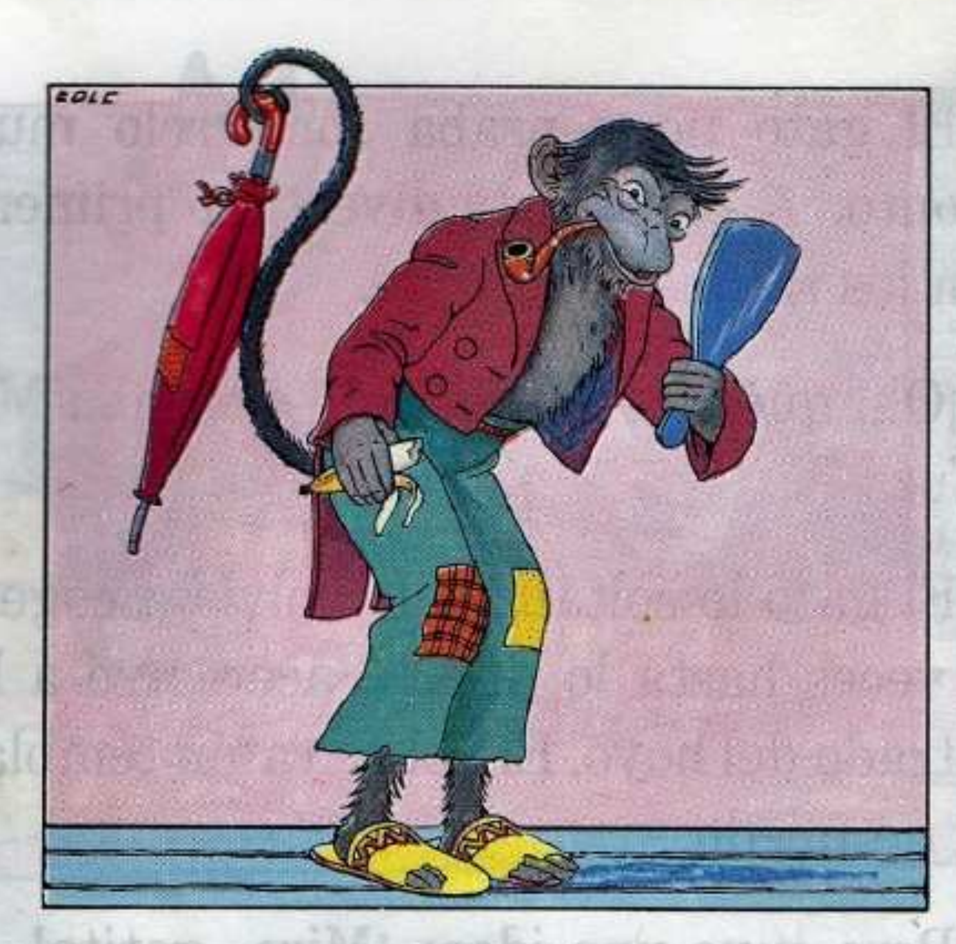
¡Oh, qué rico ratoncito! —pensaba Micifuz.

El gato lo soltaba, y lo volvía a coger. A veces hasta lo dejaba acercarse a la entrada del hoyo. El pobre ratón temblaba de miedo.

Pero tuvo una idea: ¡Mira, gatito!— le dijo — ¡Qué rica salchicha!

Micifuz volvió a ver con ojos muy abiertos. Entonces ¡Zas! el ratón se le fue corriendito.

Yo no sabía que eran tan listos los ratones.



Tití

¡Mira qué cuerpo! ¡Mira qué cara! ¡Mira qué cola!

Pues ese cuerpo, esa cara y esa cola, son de Tití.

Tití es un monito travieso y chillón como ninguno.

Anselmo, el jardinero, lo quiere mucho. Le ha hecho una casa muy bonita.

Pero Tití prefiere pasarse el día sobre los árboles, o haciendo diabluras en la cocina.

¡Cómo es Tití de fuerte y ágil! De un salto va de una rama a otra, del árbol que está en el patio de casa.

A veces se mece cogido de la cola.

Anselmo, una vez, quiso hacer las piruetas del mono. Se cayó de un naranjo, y se rompió una pierna.

¿Mecerse como el mono? Eso lo hará Anselmo sólo cuando le salga cola.

Me admira que haya animales tan listos como Tití. A veces parece que fuera un señor muy, muy serio.



Nace el Pollito

—¡Tas! ¡Tas! ¡Tas!

—¡Qué durito das!

—¡Tas! ¡Tas! ¡Tas!

—¡Un poquito más!

—¡Ton! ¡Ton! ¡Ton!

—¿Quién eres?

—El pollito soy.

—Pollito; ¿qué quieres?

—Ver la luz de Dios.

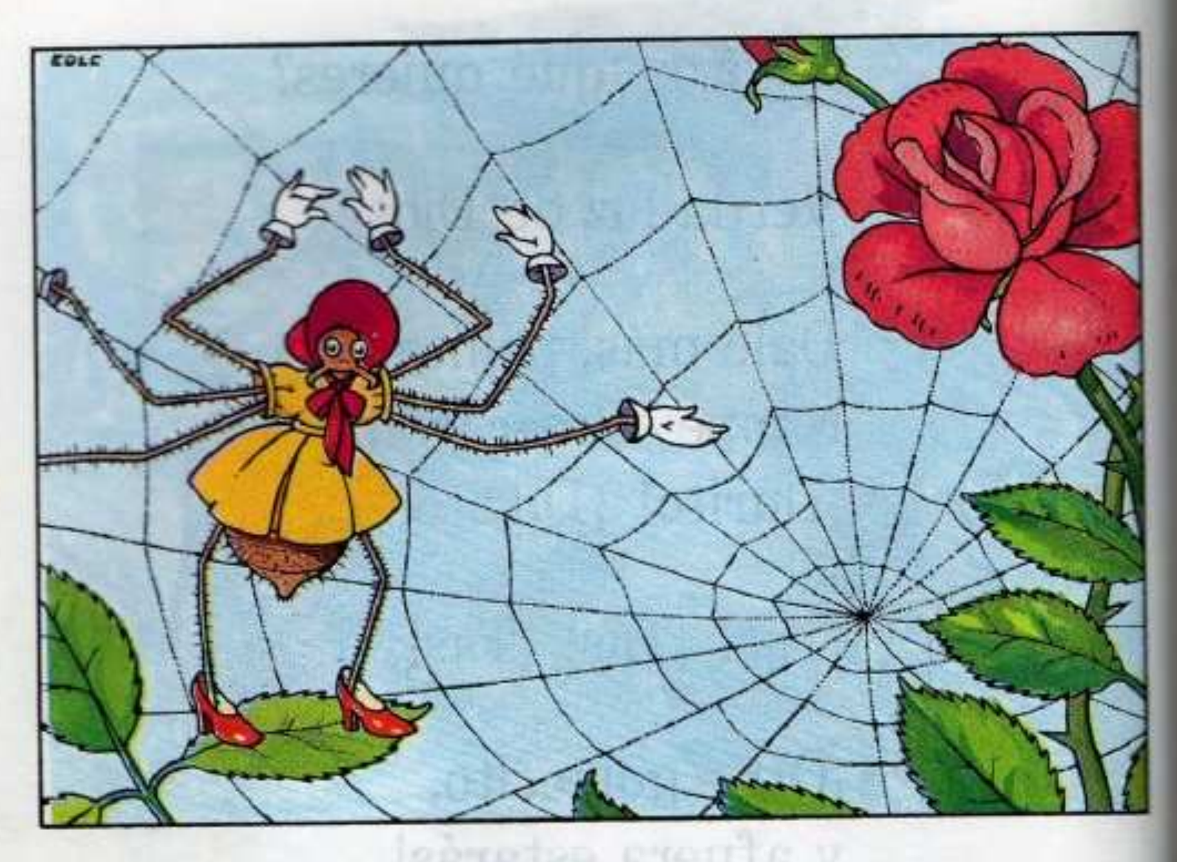
—Dale más, pollito;
rompe el cascarón.
¡Durito! ¡Durito!

—¡Tas! ¡Tas! ¡Tas!

—¡Otro golpecito,
y afuera estarás!

—¡Tas! ¡Tas! ¡Tas!

¡Pío..! ¡Pío..! ¡Pío..!
Aquí estoy, señor...
¡Qué cosa bonita
es la luz de Dios!



La Arañita Tejedora

Esta arañita es muy buena tejedora.

Hoy, muy de mañana, tendió su tela entre las ramas de un rosal.

¡Preciosa tela ha hecho la arañita! Parece un tapetito tejido con hilos de seda y plata.

¿Sabes para qué tejen su tela las arañas?

Para cazar insectos. Ellas, como los otros animales, necesitan comer.

A veces, en el fino tejido, cae una mosca. Allí se enreda entre los hilos, y no puede volar más.

Entonces la araña se le acerca; salta sobre ella; la envuelve en nuevos hilos, y le chupa la sangre.

Pero no siempre caen insectos en la tela. A veces la arañita pasa muchos días sin comer, espera y más espera.

Así vive la pobre tejedora.

La mosca es animal que daña al hombre. Las arañas por eso nos ayudan, porque se las comen.



La Ranita Reina

En el bosque corre un claro arroyito.

Por la mañana allí van a beber agua los pajaritos y las palomas del campo. También llegan venados y conejitos del bosque.

Hay una poza formada por las rocas. En ella viven muchas ranitas y sapitos cantadores.

Bajo las piedras viven también algunos grillos.

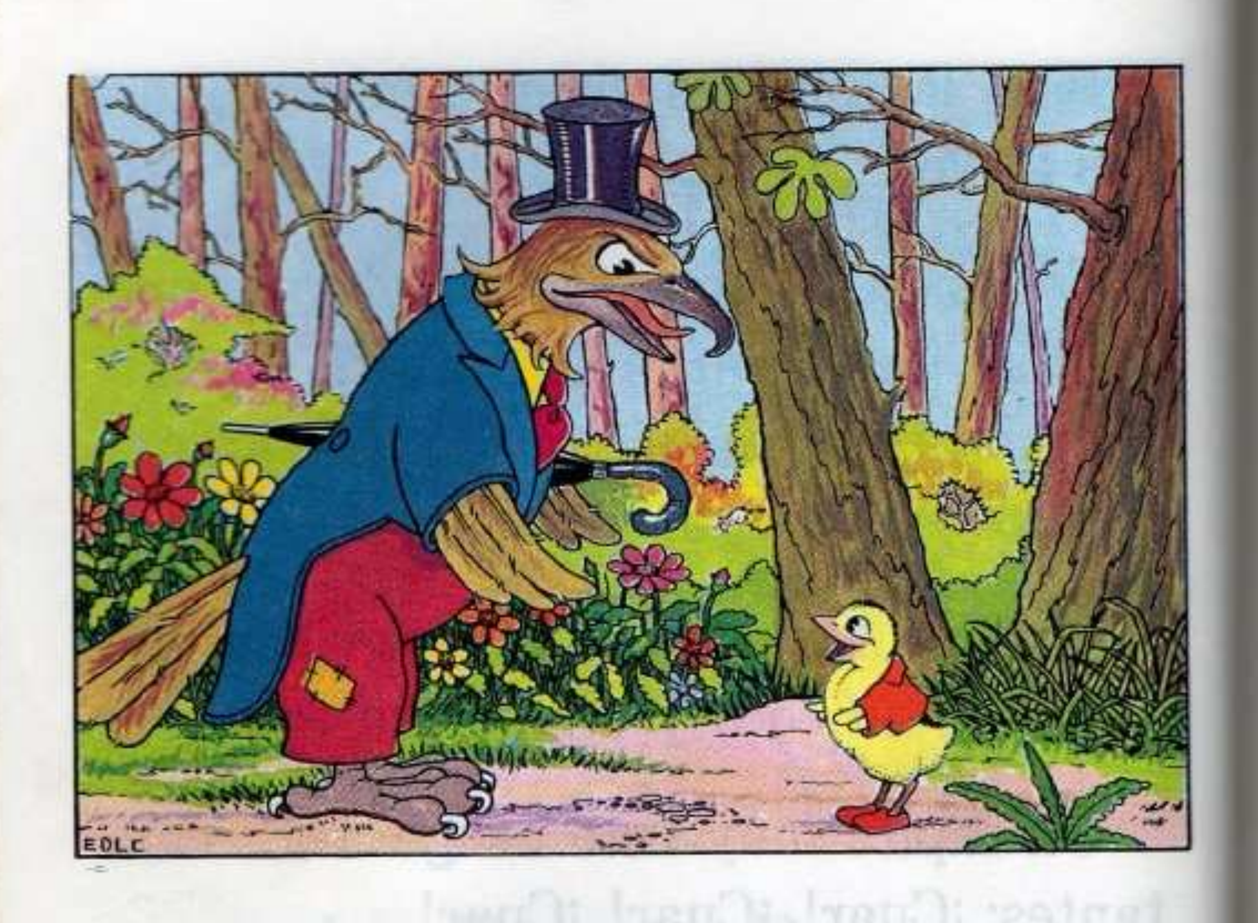
Todos esos animalitos han elegido una Reina. La llaman la Ranita Reina. Mañana será día de fiesta. La Ranita Reina va a cumplir años.

Por eso los sapitos y los grillos han formado un coro y una orquesta.

Un sapito muy listo dirige a los cantantes: ¡Cuar! ¡Cuar! ¡Cuar!

Ésa es la canción más linda que ellos saben. Pero cantan también esta otra: ¡Cuar! ¡Cuar! ¡Cuar!

Los grillos forman la orquesta. Ellos tocan violas y violines: ¡Fiiii! ¡Fiiii! ¡Fiiii!



El Pollito Andariego

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Quién eres tú?

—Me llaman el Pollito Andariego. Es que ando y ando, y no me canso.

—Y ¿qué es lo que comes, pollito?

—Escarbo, y encuentro gusanitos. Busco insectos en las hojas.

—Y tu madre ¿en dónde está?

—Dicen que está en el cielo. ¿Verdad que las mamitas se van al cielo?

—Así es. Y ¿cuántos hermanos tienes?

—Eramos doce. Pero ahora estoy solito. Y ¿usted quién es, señor picudo?

—¡Oh! Soy muy buena persona. Me llaman gavilán.

—¡Gavilán? Bonito nombre tiene. ¿Le gustan a usted los pollitos, señor picudo?

—¡Me encantan! ¡No sabes cómo me gustan los pollitos! ¿Quieres dar una vuelta por el aire?

—Pero no tengo un vestido para ir de paseo. Éste que llevo era amarillo con manchitas negras.

—No importa. Así estás muy bien.

—Debe ser muy rico arriba ¿verdad, señor picudo?

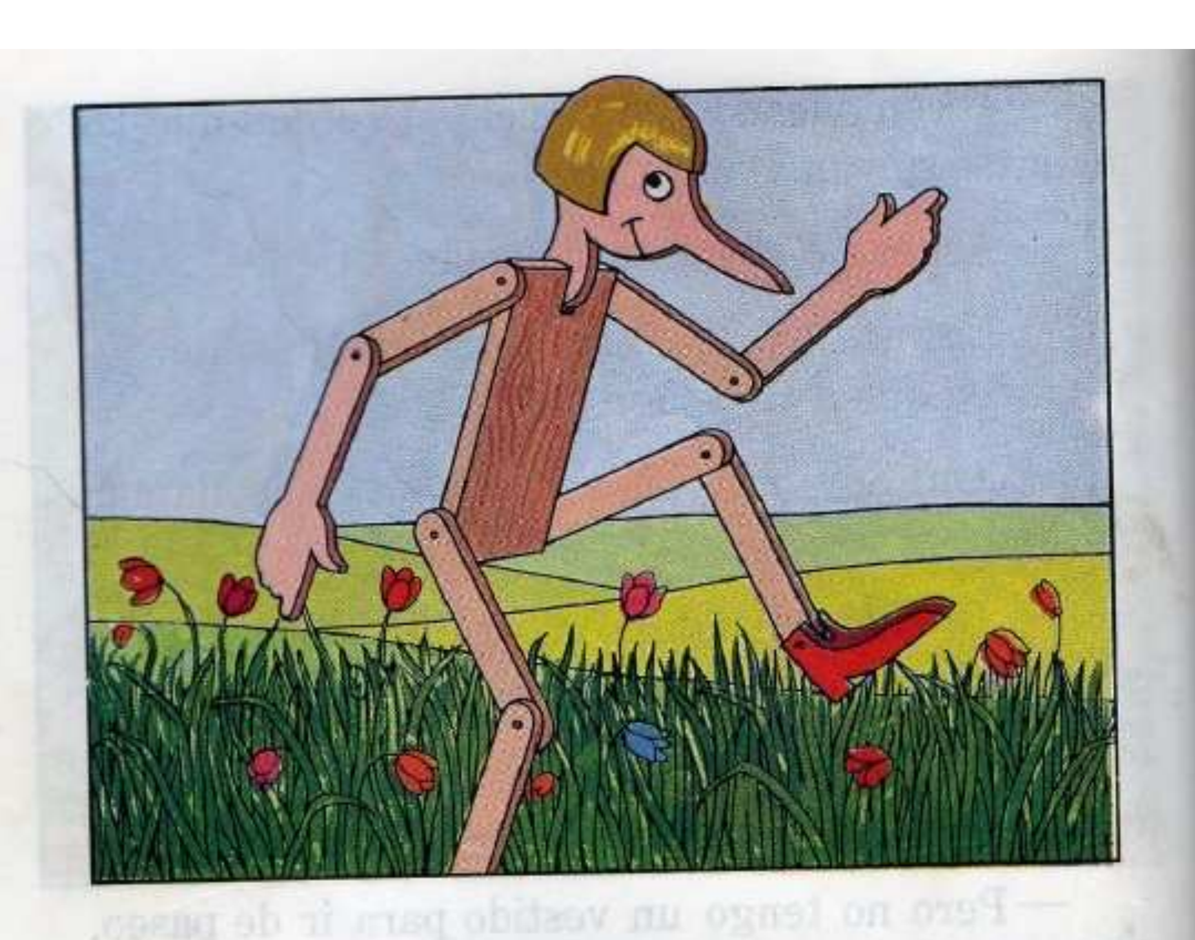
—Llámame Tío Gavilán. Soy hermano de tu madre.

—Si usted me lleva, Tío Gavilán....

—Entonces deja que te abrace.

—¡No tan duro! ¡No tan duro! ¡Pío! ¡Pío!

Y el Pollito no volvió a buscar gusanitos en la tierra, ni insectos en las hojas de las plantas.



Pinocho

Oye... ¿Sabes tú quién soy?

Yo soy Pinocho.

¿Ves mi cuello, mis brazos y mis piernas? Todos tienen goznes. Así puedo moverlos.

¿Quieres verme bailar?

Yo no bailo sin música.

¿Sabes que soy un chico infeliz? Nunca pensaste que un muñeco fuera infeliz. ¿Verdad?

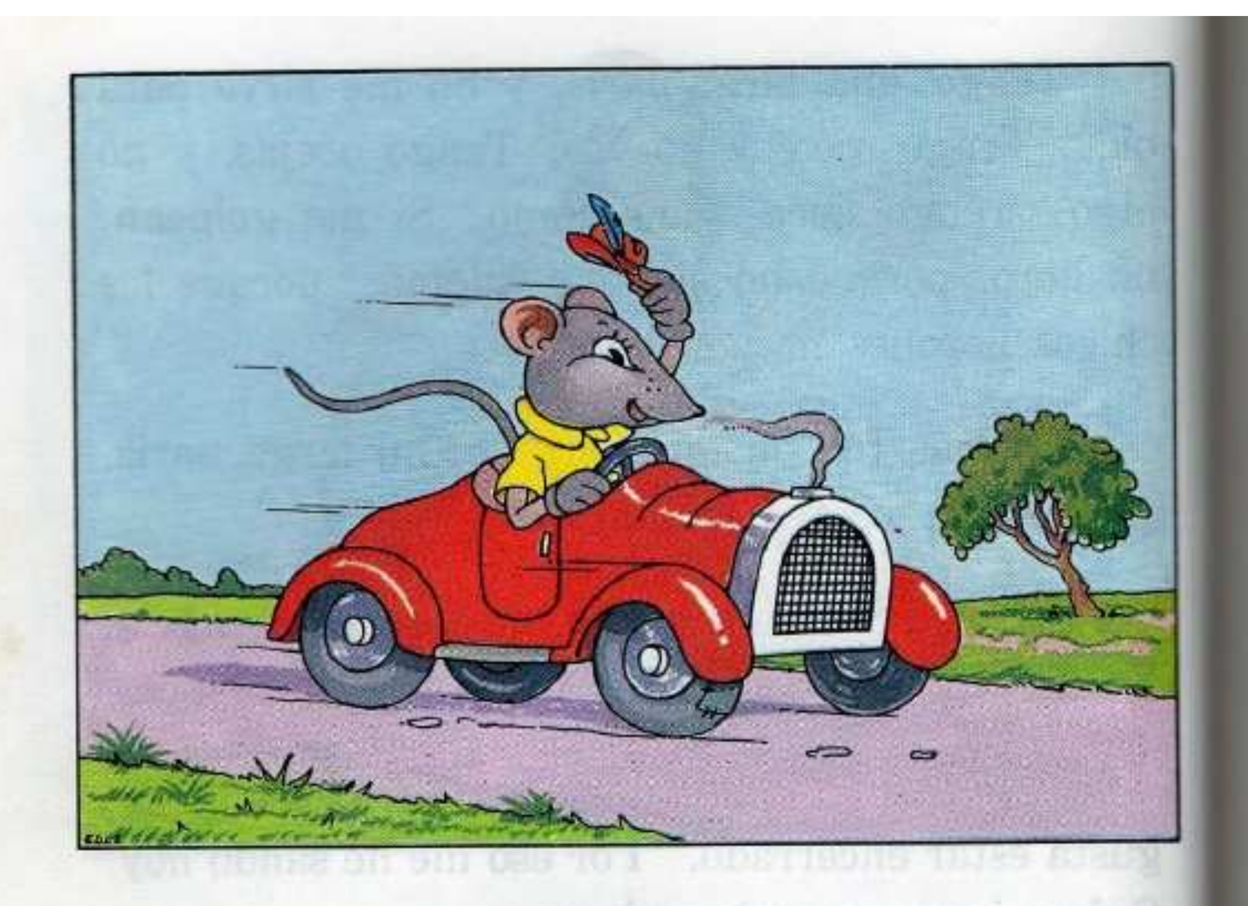
Tengo una larga nariz, y no me sirve para oler. Tengo ojos, y no veo. Tengo orejas, y no oigo. Tengo boca, y no como. Si me golpean, no lloro, porque no siento. Además, porque los chicos llorones no son lindos.

Lo más feo de mi cuerpo es mi larga nariz. ¿No te parece fea mi nariz?

La otra vez una araña puso en ella su tela. Yo me enojé mucho. Fue una falta de respeto.

Vivo en una tienda de juguetes. Pero no me gusta estar encerrado. Por eso me he salido hoy. Quiero jugar con mis amigos.

Y ya me voy. Hasta la vista.



Ratonín Tiene Automóvil

Ratonín fue a una tienda de juguetes.

—¿Cuánto vale este automóvil, señor Loro?—preguntó.

—Si es para ti, diez centavos—dijo Lorito Lara, el vendedor.

—¿No lo da en cinco?—preguntó Ratonín.

—Llévalo antes de que me arrepienta—contestó el tendero.

Ratonín compró el cochecito para huir del gato Micifuz.

¡Míralo cómo iba al salir del almacén!

Pero Micifuz no siempre es malo. Nunca se come a los ratones...., si ellos no están bien gordos.

Ayer Ratonín lo vio en el patio. Entonces echó a correr y correr y correr. Por fin fue a estrellar el auto contra un pilar. Allí quedó tendido el ratoncito.

Micifuz corrió a levantarlo, y le dijo: ¿Por qué corrías tánto, Ratonín? Ya ves que puedes romperte la cabeza. ¿Sabías que no me gustan los ratones flacos?

Micifuz lo llevó a su hoyito. Luego le dijo: Adiós, Ratonín; hasta otro día.

Gracias—respondió el ratón en la puerta del hoyo.

Pero ahora tiene miedo de engordar.



Elefantino

Elefantino ya va a la escuela de su barrio.

Ha dicho a su madre que él ocupa el primer lugar en su clase.

Doña Elefanta lo cree muy inteligente. Eso le cuenta a todas sus amigas.

A fin de mes llegaron las notas de Elefantino. Pero ¡Oh! eran muy malas, pero muy malas.

La mamá no lo cree. Por eso va a la escuela a ver al maestro. Ella le pregunta si es cierto lo que dijo el chico.

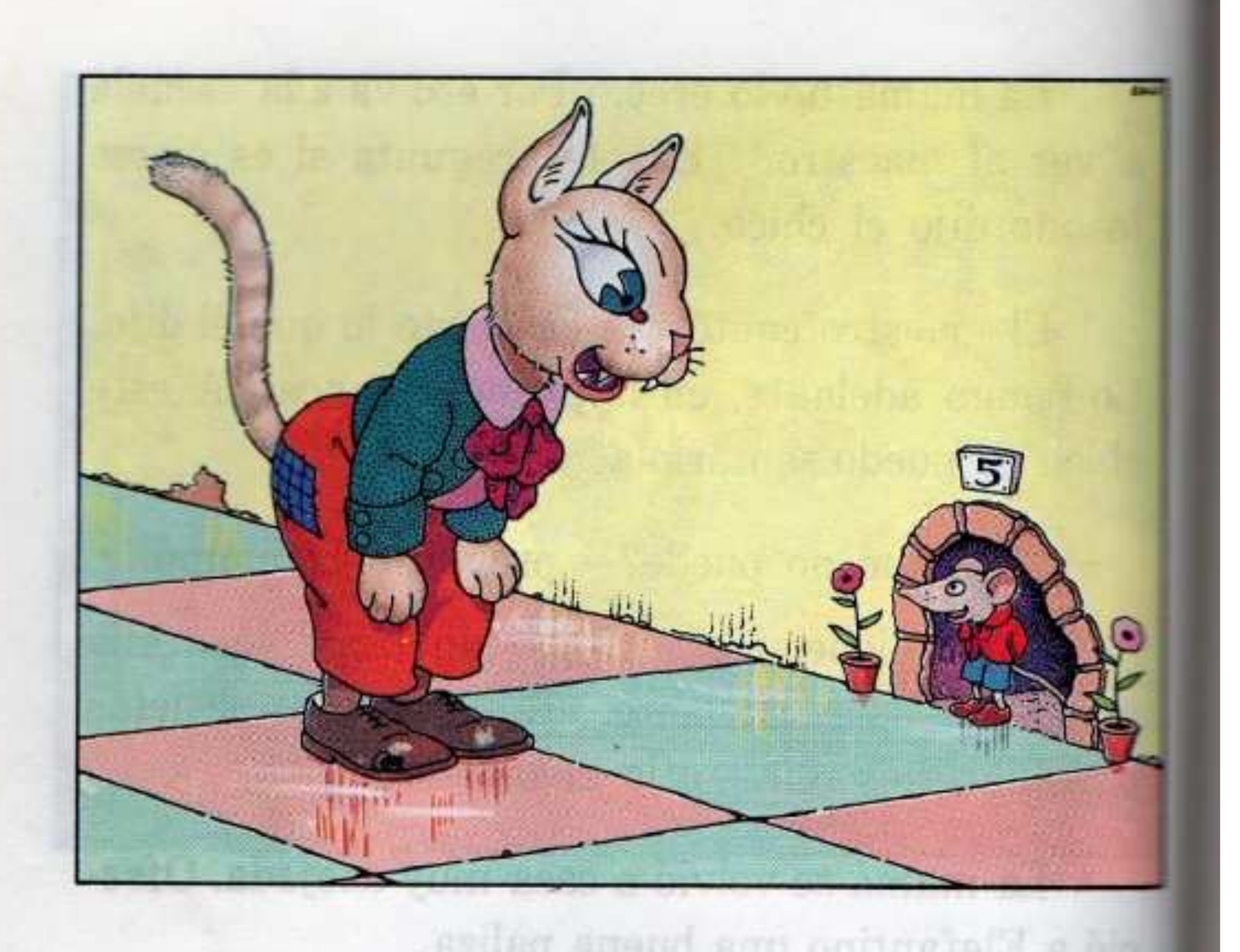
El maestro contesta: Es cierto lo que él dijo. Lo pongo adelante, en la primera banca. A este chico no puedo sentarlo atrás.

—¿Por qué no puede?—preguntó la mamá.

—Como tiene una trompa tan larga, con ella molesta a los de adelante. También hace piruetas para hacerlos reír—dijo el maestro.

La mamá se volvió a casa muy enojada. Ofreció a Elefantino una buena paliza.

Pero ese chico tiene muchos, muchos amigos. Todos en la escuela lo quieren. Dicen que, como es tan gracioso, los divierte bastante.



Pirulete y Micifuz

—Oye, Pirulete; ven acá—decía Micifuz.

—Ven tú a la puerta de mi hoyito— contestó el ratón.

—¿Sabes que eres muy gracioso? Anoche, cuando dormía, me cortaste los bigotes.

—No fui yo, Micifuz. Debe haber sido Nerón. Ese perrote dice que tú eres muy chico para tener bigotes de señor grande.

—¿Vienes a dar un paseíto por el cuarto? Jugaremos a que yo soy un rico queso, y que tú me comes.

—Mi mamita me ha dicho que no juegue contigo.

—¿Conmigo? ¡Mira qué cosas dice tu mamita!

—Dice que tienes uñas largas y filosas.

—Mira mis manos. No tienen uñas.

—Ya sé que las escondes. La otra vez le arrancaste a mi papi un pedazo de su chaqueta nueva.

—¿No sabes que Nerón me quitó las uñas de un mordisco?

—No es cierto. Te subes al tejado cuando lo ves.

—¿Vienes? Oye; te enseñaré a roncar.

—Pasea y ronca tú solo. Yo te aplaudo desde aquí.

—Pirulete; no he visto ratón más antipático que tú.



Payasito Alegre

—Payasito que cantas y ríes; ¿di cómo te llamas?

—Me llaman Pin Pon.

—Quiero que me enseñes una cancioncita para estar alegre.

—¿Una canción quieres aprender?

—Una cancioncita, payasito alegre.

—¿Quieres que comience? Escúchame, entonces.

—¡Te escucho! ¡Te escucho, payasito alegre!

—Yo soy un payaso de suerte, amiguito.

—¡Qué dichoso eres, payasito alegre!

—A ratitos río, y a ratitos canto.

—Y a ratitos bailas ¿verdad, payasito?

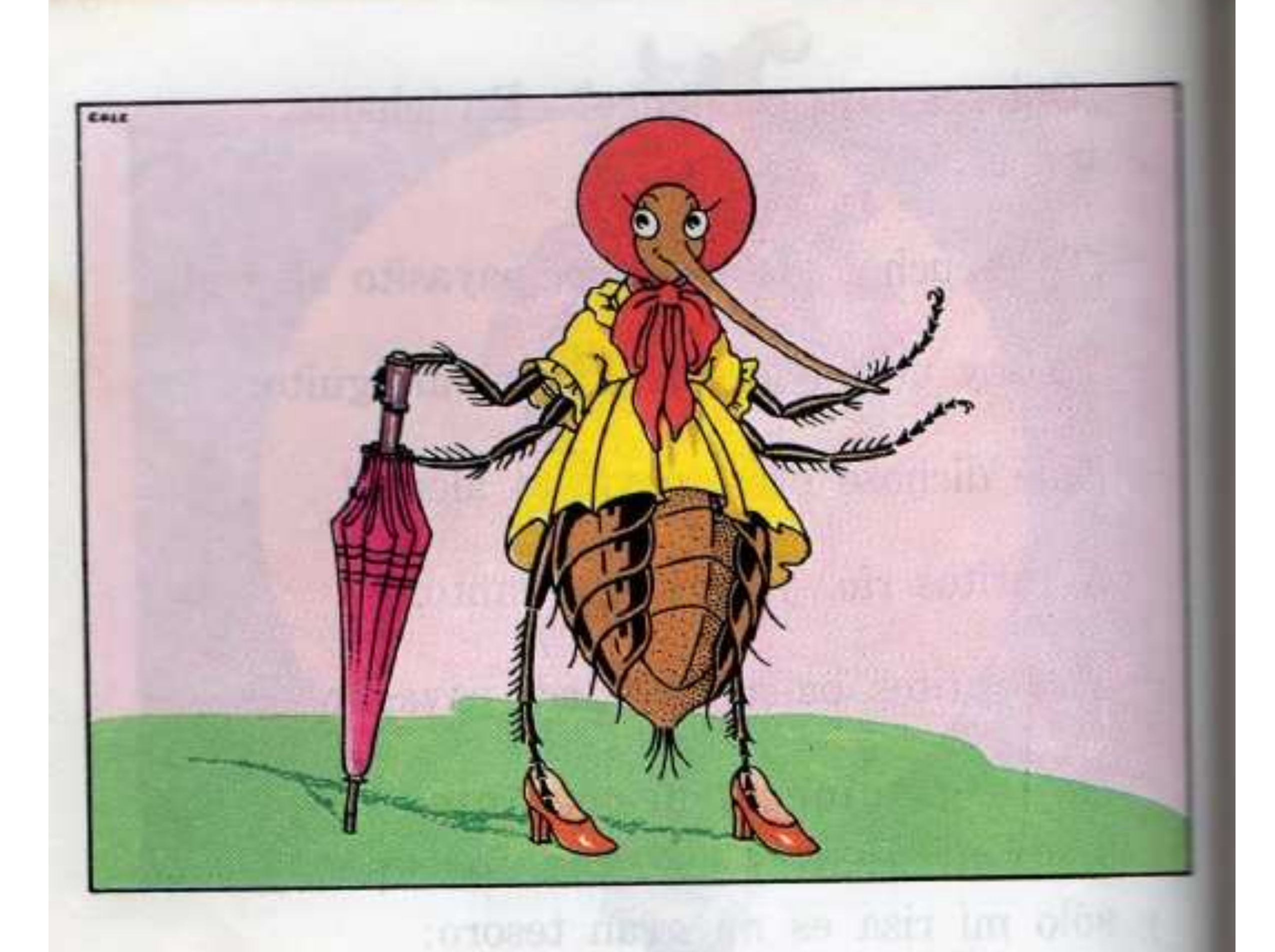
—No tengo dinero, ni pena ninguna;
sólo mi alegría es mi gran fortuna;
y sólo mi risa es mi gran tesoro;
y mi canto vale mucho más que el oro.

—¡Qué feliz pareces, payasito alegre!

—Y ahora, amiguito, ya se va el payaso.
Si quieres más cantos, da ligero el paso,
y dile a la abuela, quedito, quedito,
que te enseñe un canto que sea bonito.

—¡Adiós, payasito! ¡Adiós, payasito!

—¡Adiós, amiguito!



Me Dijo esta Pulguita

Me dijo esta pulguita
que yo era boba,
porque no daba saltos
como ella daba.

Entonces yo le dije
que saltaría
desde el alto tejado
de nuestra casa.

Corrí a pedir permiso
a mi mamita.
"¿Está loca mi nena?",
mamita dijo.

Ahora la pulguita
de mí se burla;
pero la culpa es toda
de mi mamita.

Nota para el Profesor·

Para adaptar el poema a varoncitos, cámbiese el género de las palabras «boba», «loca» y «nena», por «bobo», «loco» y «nene».



Conejillo y Conejín

Hoy es día domingo. Doña Coneja levantó a sus dos chicuelos muy temprano. Tenían que ir a misa con sus padres.

Adelante van Conejillo y Conejín, con trajes nuevos y zapatos bajos.

Atrás van doña Coneja y su esposo. Don Conejo lleva una sombrilla de seda para cubrir a la señora. Lo hace cuando el sol está muy fuerte.

¿Sabes que Conejillo y Conejín son muy buenos chicos? Por la calle van siempre muy serios. Cuando comen su lechuga tienen cuidado de no mancharse el vestido.

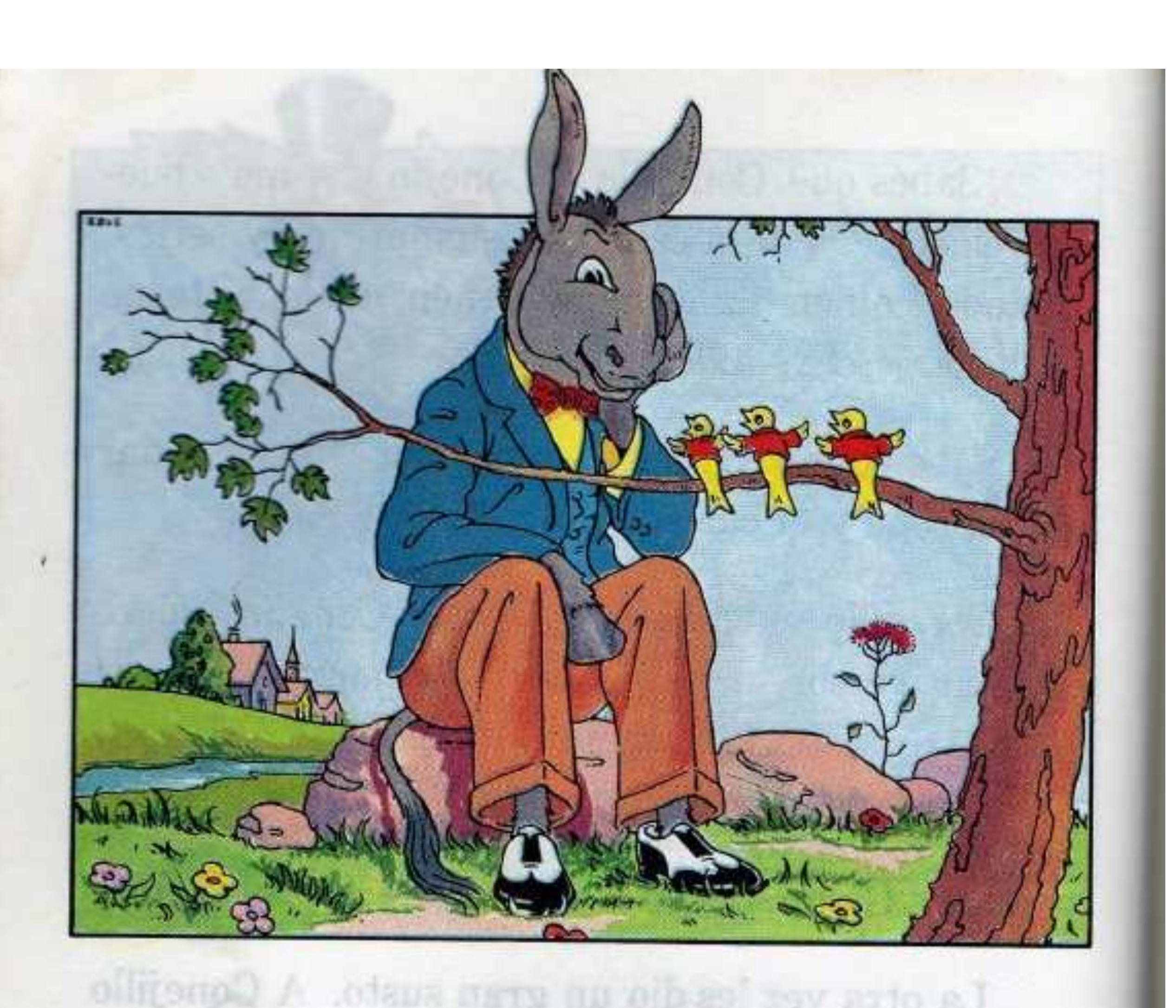
Saben que los niños bien portados deben andar con la ropa y el calzado limpios.

Conejillo quiere ser médico. Conejín quiere escribir versos. ¿Sabes cómo llaman a los que hacen versos? Los llaman "poetas".

Esos dos pequeños le tienen un miedo muy grande a Galgo. Galgo es el perro de la casa vecina.

La otra vez les dio un gran susto. A Conejillo le arrancó una pierna de los pantalones. A Conejín le lastimó una oreja.

Por eso, cuando lo ven de lejos, ¡Zummm!, corriendito van a buscar a su papá.



El Asno Cantor

Un borrico comía zacatito en un prado. Unos pajaritos pichones se acercaron a él.

— ¡Señor! ¡Señor¡ — dijo uno.

El asno entonces volvió a ver.

El pajarito siguió diciendo: Todos nosotros somos hermanitos. ¿No es usted malo con los pajaritos, como algunos niños de la escuela?

El asno se sentó en una piedra, y movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Dice que no! — dijo un pichoncito.

—Mire usted, señor ... — dijo otro — La semana pasada aprendimos a cantar. Ahora ya lo hacemos muy bien. ¿Quiere oírnos?

El burro meneó la cabeza de abajo arriba.

—¡Dice que sí! — dijo un pichoncito.

Entonces todos los pajaritos cantaron.

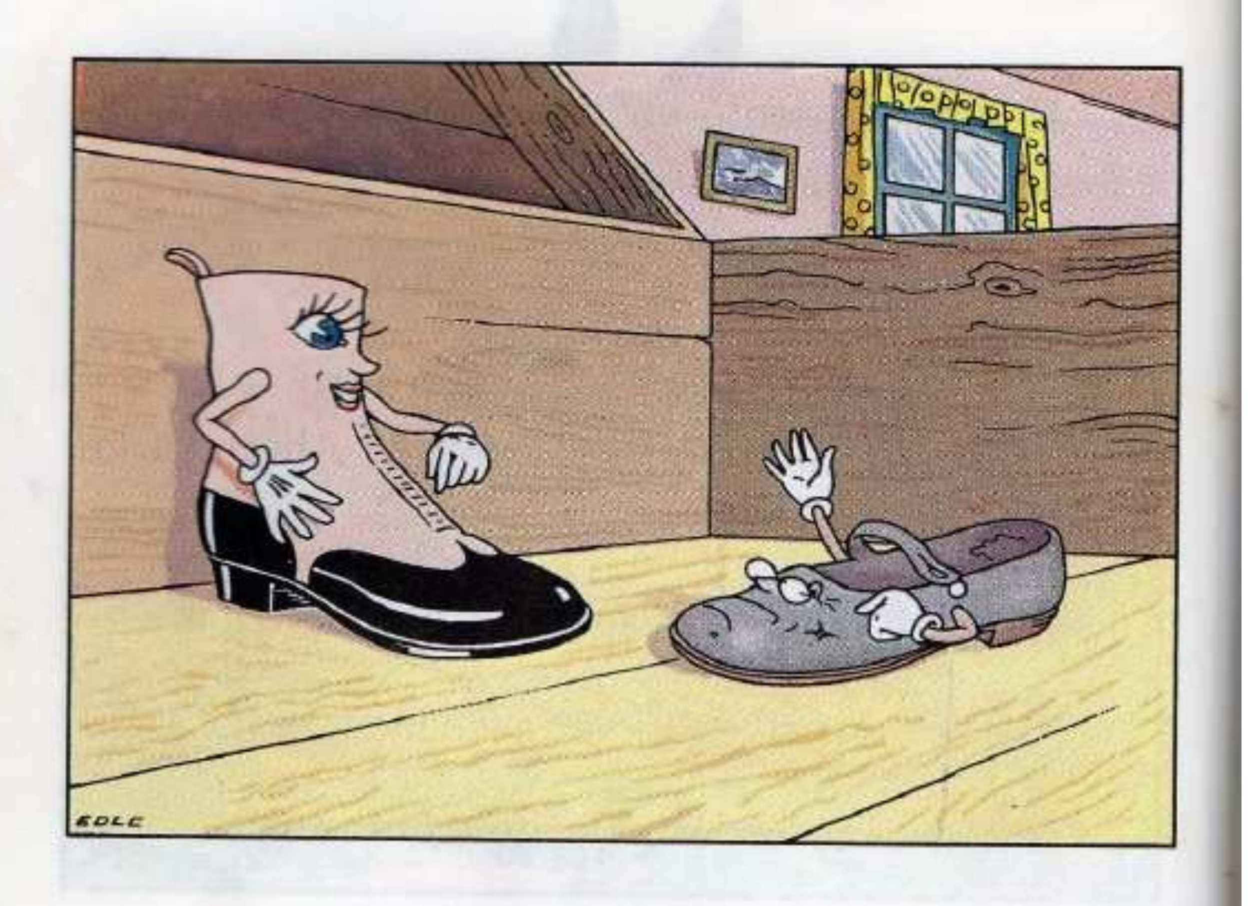
El asno los oyó con la boca abierta.

—¿Por qué no canta usted? Parece un buen cantor — dijo otro pichoncito.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! — gritaron todos a un tiempo.

Entonces él dio un rebuzno tan fuerte, que los pajaritos volaron espantados.

El burro no entendió por qué huyeron los pajaritos cuando él cantó.



La Zapatilla Vieja

En un rincón de su cuarto tiene Corina el cajón de su calzado.

La otra vez una linda botita de charol dijo a la vieja zapatilla: "¿Qué haces aquí, chiquita? ¿No ves que eres ya vieja, sucia y fea? ¿Piensas que la amita te querrá como a mí? Yo soy nueva y brillante."

La vieja zapatilla respondió: "Y ¿por qué crees que me quiere nuestra amita? Fui también

nueva, como tú. Fui linda, como tú. Y ya he visto a otras botitas ir a parar al cajón de la basura."

La botita dijo entonces: "Y ¿piensas que ella te quiere por ser vieja y fea?"

La zapatilla contestó: "Por vieja y por fea no. Cuando ella vuelve cansada de un paseo, me busca para calzar sus pies. Entonces yo acaricio sus finos deditos. Para eso mi piel es suave como seda. ¿Comprendes ahora por qué me quiere? Porque no la hago sufrir nunca. En cambio, botita, tu brillo acabará. Como tu piel es dura, la harás sufrir. Te romperás un día, y ella te dejará."

La botita se puso triste, y se fue a llorar a un rincón.



Cascabel

—¿Cascabel? ¿Cascabelín? ¿Cascabelillo?

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

—¿Qué me cuentas, Cascabel?

—Te contaré algo. En Navidad, la mamá de Lolito me compró en un bazar.

En mi vitrina veía pasar muchas personas. También veía allí muchos vehículos. ¡Qué alegre viví allá en mi vitrina!

Todos los niños se paraban a mirarme. Unos decían· ¡Qué lindo es!

Ahora Lolito ha comprado una caja de trozos de madera. Son de muchos colores. Y con ellos se divierte jugando. A mí me ha dejado en un cajón oscuro. Ya rara vez me saca para jugar.

Lo peor es que mis amigos de cajón no son payasos como yo. Hay un oso y un elefante. ¡Huy, qué feos! Hay también una jirafa, un perro y un caballo.

Me molesta vivir entre animales. A veces el oso o el elefante se echan sobre mí. Ellos son muy gordos. Me dejan como una tortilla. Por eso estoy tan arrugado. Pero no creas que soy viejo.

Cuando estoy contento, toco mis platillos: ¡Tachín! ¡Chin! ¡Tachín! ¡Chin!

A veces el oso y el elefante bailan. Así todos nos divertimos: ¡Tachín! ¡Chin! ¡Tachín!



Marujita

Marujita es una nena linda. Tiene ojos negros y cabello castaño.

La otra vez su mamá le compró un osito de felpa. Ella lo llamó Tarzán

En su casa hay dos perros cachorros· Duque y Leal

No sabes cómo juegan, y cómo son de traviesos esos perritos.

Tarzán estaba ayer en la cama de su amita. Duque y Leal lo vieron, y fueron a cogerlo a mordiscos y a tirones.

Fue tánta la bulla de los perros, que Marujita corrió a ver lo que pasaba.

Al ver cómo hacían al osito, la niña quiso quitárselos. ¡Duque! ¡Leal! —les gritaba.

Pero ellos no hacían caso de sus gritos. Tiraba cada uno por su lado. Lo hicieron con tal fuerza, que ¡Pum! la tela se rompió.

Duque y Leal, dando voltereta, dieron duro en el piso. Salieron chillando como locos ¡Au! ¡Au! ¡Au!

Marujita lloró toda la tarde por su osito. Pero su mamá le ofreció comprarle otro.



Tragaleguas

¿Ves ese hombre tan alto? Se llama Tragaleguas.

Cuando nació, sus padres se asustaron. Tenía piernas tan largas y delgadas como varillas de cohete.

De seis meses era alto como una torre.

Se volvió un niño muy andariego. Su tío

lo regañaba por eso. Como no hacía caso, un día le dijo ¡Ojalá que ya no pares nunca!

Desde entonces Tragaleguas se quedó anda y anda y anda.

Son sus piernas tan largas, que pasa ríos, montañas, volcanes y lagos, de un solo paso. Dicen que en dos días le da la vuelta al mundo.

Tragaleguas no siente frío ni calor.

Sus botas le duran mucho, porque son de piel de elefante. La suela mide cien varas. Tiene una capita que parece una carpa de circo. En los bolsillos de sus pantalones caben cien cocos, doscientas limas, trescientas naranjas y cuatrocientos panes con queso.

Come frutos que coge de los árboles. También come animales que caza en los bosques.

¡Pobrecito Tragaleguas! Por no hacer caso, se quedó anda y anda y anda.



La Lombricita Viajera

La lombriz sale todos los días de su casita. La tiene hecha bajo la tierra. Sale a tomar el sol de la mañana.

Muy feliz se pasea junto al árbol que crece cerca de allí.

Una vez pensó: "¡Cómo me gustaría subir a ese árbol! Es lástima que Dios no me diera alas o pies."

Lo pensó muchas veces; pero no se atrevió a subir.

Un día se lo dijo a la lagartija dorada.

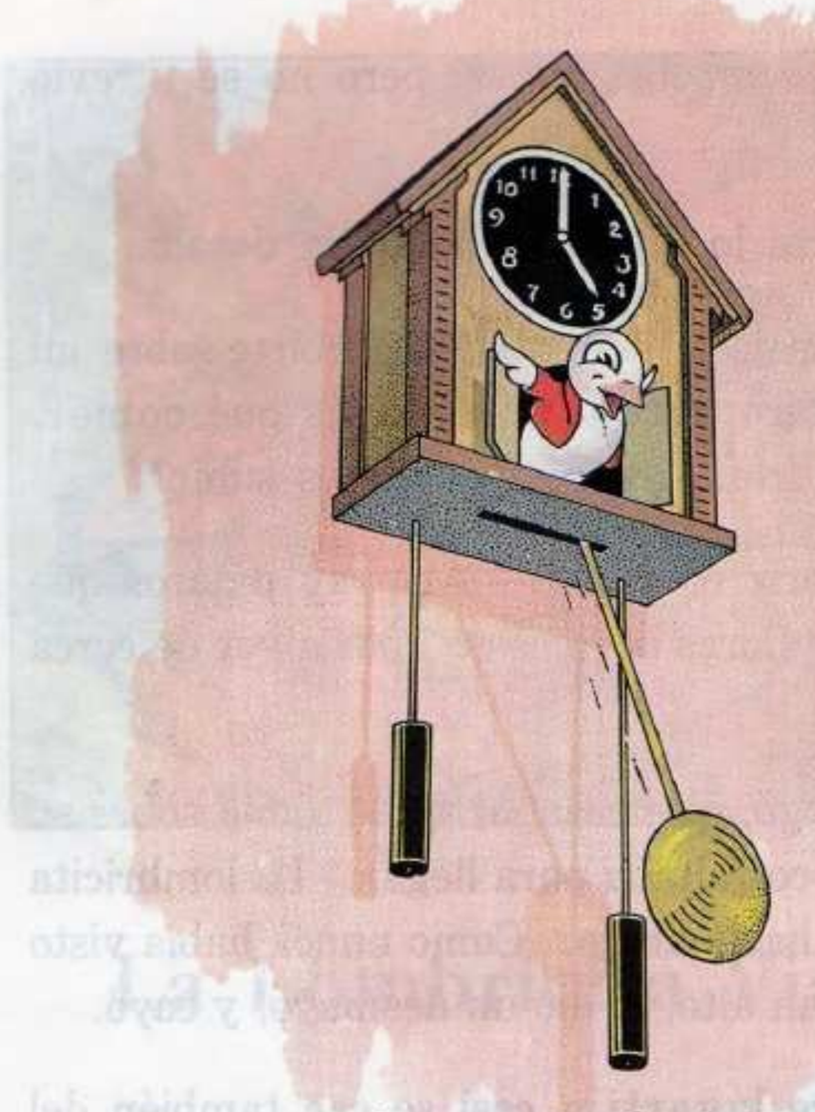
La lagartija le dijo: "Puedo subirte sobre mi espalda. Pero arriba no tendrás qué comer. Morirías de frío. ¿Por qué quieres subir?"

La lombriz contestó: "Allí hay pájaros que cantan. Hay flores hermosas. Podría ver de cerca el cielo."

Tánto rogó, que la lagartija la subió sobre su espalda. Poco faltaba para llegar. La lombricita volvió a ver hacia abajo. Como nunca había visto el suelo de tan alto, le dio un desmayo, y cayó.

La pobre lagartija casi se cae también del susto.

A la lombriz no le quedaron ganas de subir a los árboles. Allí suben sólo aquéllos a quienes Dios les dio pies o les dio alas.



La Paloma del Reloj

Cucú, de su casita
sale a cada ratito
a dar la hora;
y cuando Cucú grita,
se acerca mi gatito
de Angora.

—¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú!
La vocecita
a todos grita
desde su puerta...
Si Minino dormita,
así despierta:
¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú!

Y Minino, mirando,
vive pensando:
¡Qué rica palomita
para mi almuerzo!

Y así pasan los días,
y pasan años.
A dar siempre la hora
Cucú se asoma;
pero el pobre Minino
llegó a viejito,
sin haberse comido
de la paloma
¡ni un pellejito!



Los Pollitos Peleadores

Mamí tiene una preciosa gallinita. Ahora tiene nueve pollitos.

Cuando nacieron parecían bolitas de algodón amarillo. Todos fueron amarillos.

La gallina es muy amorosa. Escarba la tierra buscando comida para ellos. Cuando encuentra una lombriz, un gusano o un insecto, llama a los pequeños: ¡Cluc! ¡Cluc! ¡Cluc!

Si hace frío, o si llueve, los cubre con las alas.

Nadie se atreve a acercarse a los pollos, porque ella ataca en su defensa.

Pero dos de esos bichos han resultado muy peleadores. Por cualquier cosa se dan de picotazos.

Un día uno de ellos halló un escarabajo. El otro quiso quitárselo, y pelearon.

¡Cómo se daban con el pico, y se quitaban las plumas!

El pobre escarabajo pudo salir huyendo. Llevaba una patita rota. Daba gracias a Dios de que hubieran peleado los hermanos.

¡Qué caras se dejaron los pollos peleadores!

Algún día deben saber que los hermanos no deben pelear nunca.



Unas Gallinas Listas

En un establo había unas vacas. No podían comer ni dormir tranquilas. Las moscas las molestaban mucho.

Para librarse de ellas, pidieron ayuda a las gallinas. Éstas dijeron que sí las ayudaban. Para eso pensaron comer y comer moscas durante quince días.

Al principio se cansaban, porque corrían y corrían detrás de cada una, para cogerla. Una

gallina tuvo una buena idea. Irían a la cocina. Allí había una gran olla con miel. En un descuido de la cocinera, todas meterían el pico en la miel. Así las moscas, como son golosas, se acercarían a ellas.

Lo hicieron como lo pensaron. Después se fueron al establo a esperar, con los picos abiertos.

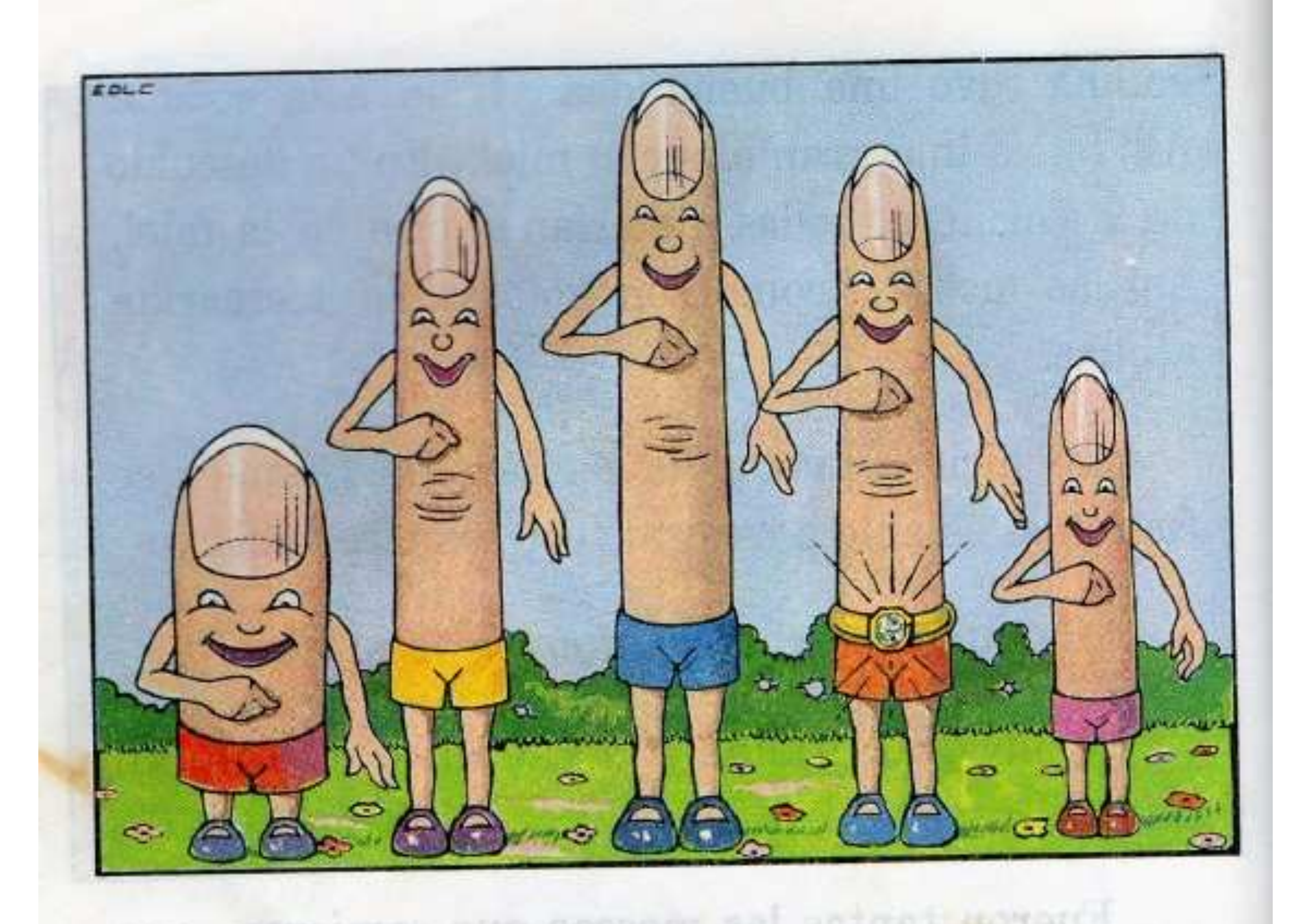
¡Cuántas moscas cayeron en los picos!

¡Con qué ganas tragaban y tragaban las gallinas!

Fueron tantas las moscas que comieron, que en pocos días se pusieron hermosas.

Viendo cómo estaban de gordas, la cocinera hizo un buen almuerzo para el cumpleaños del amo.

Tan ligerito las llevó, que las pobres no pudieron despedirse de las vacas. Ni siquiera tuvieron tiempo de limpiarse el pico.



El Preguntón y los Deditos

—¿Quién eres tú, gordito?

—Soy Pulgar. Así me llaman porque mido las pulgadas. Unos creen que es porque mato unos bichos que saltan y que pican.

—Y tú, el segundo ¿quién eres?

—A mí me llaman Índice. Yo indico en dónde están las cosas: aquí… allá… allí… esto… eso… aquello..

—Y tú, dedito larguchín ¿cómo te llamas?

—Como estoy en medio de mis cuatro hermanos, me llaman Medio.

—Y a ti, dedito ¿cómo te llaman?

—¡Ah! A mí me dicen Anular. Me llaman así porque llevo los anillos. Soy el más rico de los cinco.

—¿Y tú, chiquitín?

—A mí me dicen Meñique.

—¿Por qué te llaman así?

—¿Y tú no sabes que es feo ser tan preguntón?

—No lo sabía, chiquitín.

—Pues aprende a ser bien educado. Y no me llames chiquitín. Me llamo Meñique.

—Te diré como te gusta. Y ¿por qué te llaman Meñique?

—Yo no sé. Tal vez por ser el más pequeño.



Ratoncito Pérez

Ratoncito Pérez y Cucarachita Martínez un día se casaron. Eran muy felices.

Ella hacía costuras en su máquina de pie. Él vendía billetes de lotería. Pero le habían prohibido comérselos. También los billetes con que le pagaban.

Ratoncito tenía un defecto· era muy goloso.

Una vez llegaron de visita unas amigas. Cuando ellas platicaban, Ratón Pérez se fue a la

cocina. Quiso sacar uno de los duraznos en miel que estaban en la olla. Pero no usó una cuchara grande sino una pequeña. Cuando se agachó para coger el durazno ¡Pum! cayó en la olla.

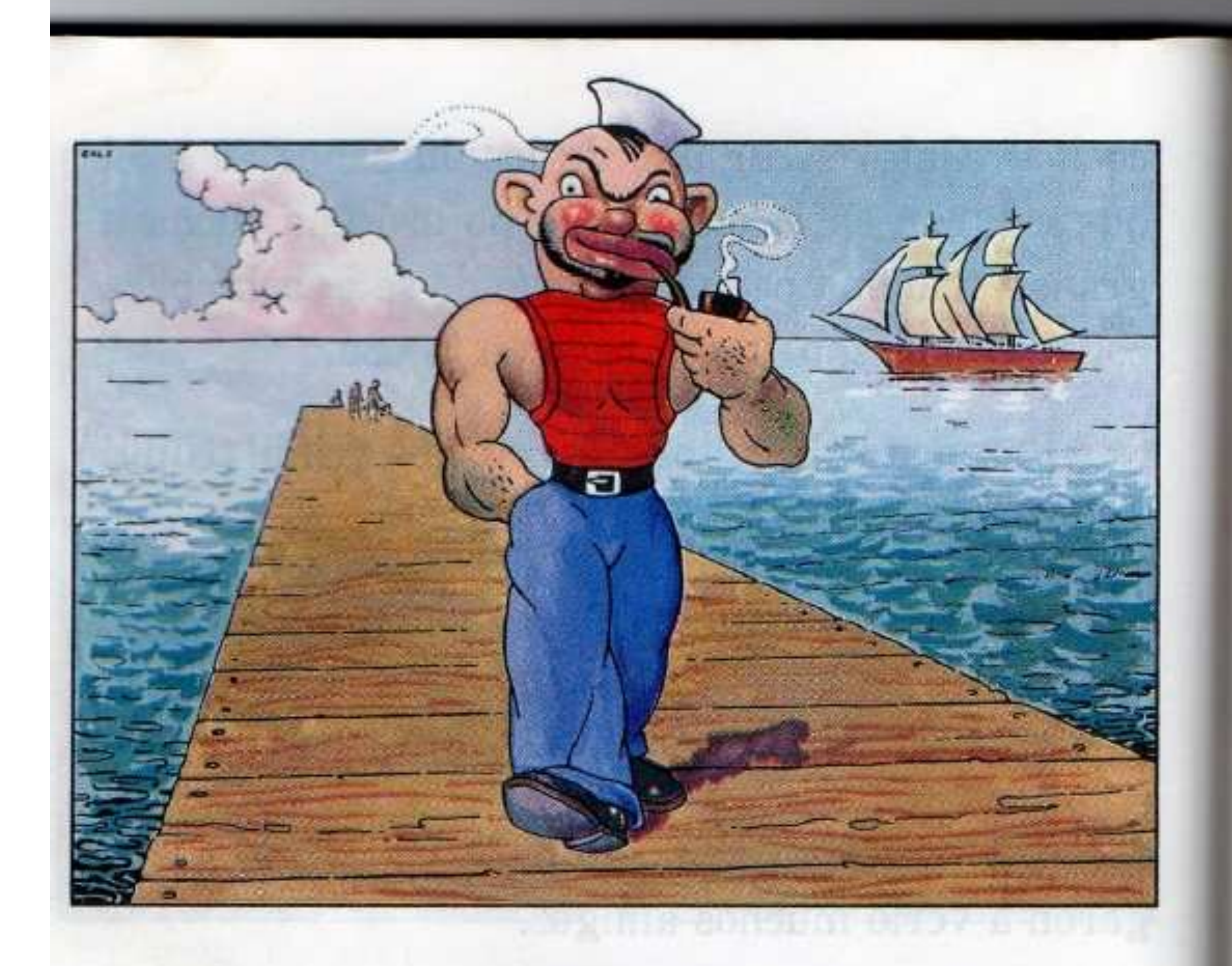
Ratoncito dio gritos y más gritos: ¡Uíiii! ¡Uíiiii! ¡Uíiiii!

Corrieron ellas a verlo. Lo hallaron casi ahogado entre la miel. Entre todas lo sacaron con la cuchara grande. Creyeron que estaba muerto.

Seis meses tardó el ratonín para curarse. Llegaron a verlo muchos amigos.

Un amigo le hizo este verso:

Ratoncito Pérez por poco se muere,
por un duraznito que había en la olla.
Su Cucarachita lo mismo lo quiere,
o tal vez lo quiera mucho más ahora.



Tifón

¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Soy Tifón, el gran marino.

Hoy me he salido de mi barco. Quiero dar un paseo por las calles.

Quiero conocer a mis amigos de este país de América.

Soy un hombre muy fuerte. Mis gruesos brazos tienen muchísima potencia.

De un puñete boto un árbol o aplasto un automóvil.

Dicen que soy muy simpático. Mis mejillas son rosadas y gordiflonas, como manzanas frescas y maduras.

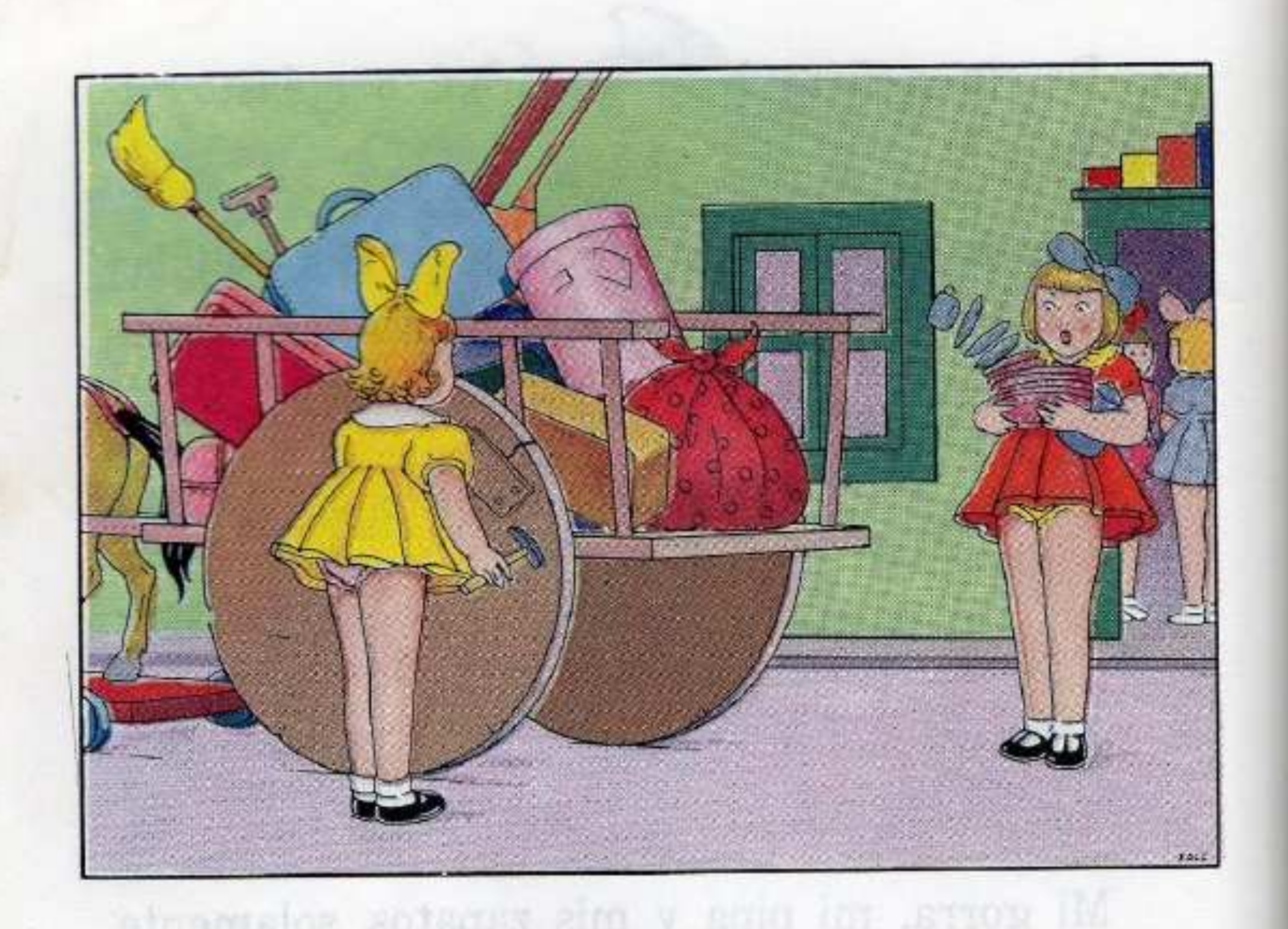
Cuando las inflo para soplar mi pipa, parecen dos vejigas de feria.

Una vez, en un circo, de un soplo mandé por el aire a un león que me atacó. Cuando cayó, quedó en el suelo como una calcomanía.

Mi gorra, mi pipa y mis zapatos, solamente los dejo para dormir.

¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Soy Tifón, el gran marino,
marinete, marinero;
cómo frutas, bebo vino,
y paseo sin dinero.



Las Muñecas de Rosina

Las muñecas de Rosina tienen casa muy bonita. En ella hay camas, roperos, estufas, trastos de cocina. También hay un coche pequeño de metal, una carreta, un caballito, un elefante y un perro

Muchos días hacía que la niña no cuidaba de sus muñecas. Todo andaba rodando por el suelo. Todo estaba lleno de polvo

Las muñecas se enojaron mucho. Dijeron que se iban de la casa.

Prepararon el coche y la carreta. Sacaron del cajón el caballo y el elefante. Ellos tendrían que tirar de la carreta.

Unas habían hecho las maletas. Otras habían empacado trastos. Otra clavaba una rueda floja.

Hicieron tánta bulla, que Rosina despertó. Quedito, quedito, se acercó a ver lo que pasaba.

Gran susto se llevó cuando oyó hablar a las muñecas. Una decía que se iban porque las tenían olvidadas. Otra decía que su amita ya no las quería.

Al oírlas decir eso, Rosina entró, y las besó a todas.

Al otro día iba con una escoba a limpiar la casa. Ya la habían barrido las muñecas.

Las muñecas ya no pensaron irse. Ahora ya sabían que su amita las quería.



Querubín Viaja

Querubín es este pícaro muñequito.

Estaba de venta en un estante de una gran tienda.

Una mañana entró una señora. Lo vio, y lo apartó para su hijo. Pidió que lo mandaran al otro día.

Una abejita dijo a Querubín que ese niño era travieso y cruel. Sacaba los ojos y arrancaba los brazos a sus muñecos.

Querubín no quiso que lo dieran a ese chico malo. Fue adonde estaba el avioncito de metal. Allí habló con el piloto. Le pidió que lo sacara de la tienda. Le dijo que hicieran un largo viaje.

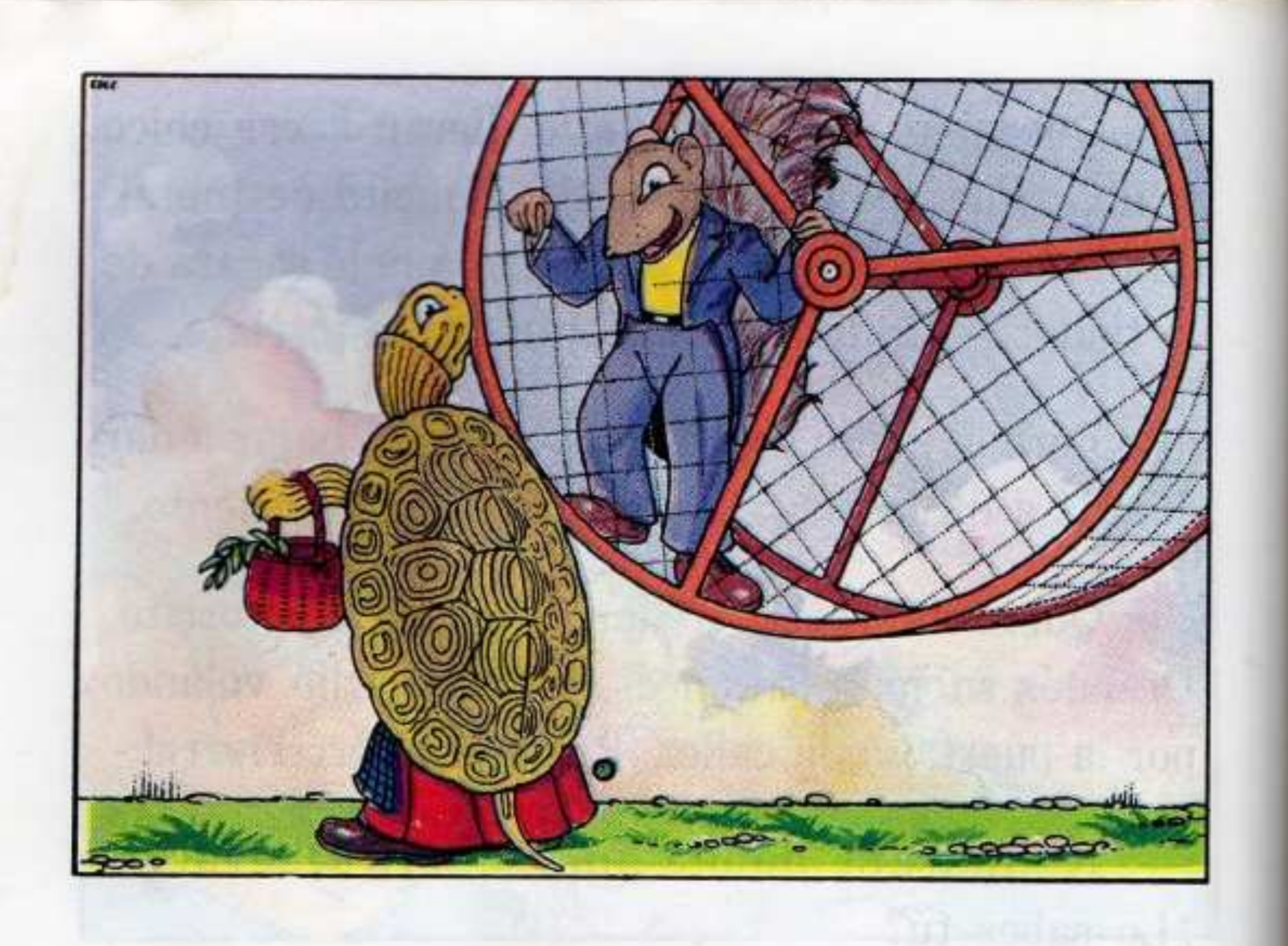
Pero el piloto contestó: No puedo bajar a dar cuerda a mi motor. Estoy pegado a mi asiento.

Querubín corrió a dar cuerda al motorcito. Después subió. Entonces el avión salió volando por la puerta de la calle: ¡Rrrrrrr! ¡Rrrrrrrrr!

Nadie sabe dónde anda ahora Querubín. ¿Lo sabes tú?

¿Y qué piensas? ¿Volverá al bazar a que lo vendan a algún niño malo?

¿Qué harán cuando se acabe la cuerda?



La Ardillita Burlona

La Ardillita Burlona,
desde su jaula,
dijo a doña Tortuga,
cuando pasaba:

"¿Eres tan perezosa,
mi buena amiga,
que tan poco adelantas
cuando caminas?"

Entonces la tortuga
vio que en su jaula
la ardillita mil vueltas
y vueltas daba.

"Doña Ardilla — le dijo — ;
usted se burla,
sin haberle yo hecho
cosa ninguna.

Cuando yo doy un paso
hacia adelante,
estoy siempre un poquito
más lejos que antes.

Pero usted corre y corre,
tarde y mañana,
y no se ha dado cuenta
de que no avanza."



Guerra a Pirulí

Un ratoncito dijo a los demás: "¡Hagamos la guerra a Pirulí, amigos! ¡Sí, porque ese gato no nos deja tener paz!"

Otro dijo: "La otra vez, después de jugar un rato con mi mamita, se la comió. No dejó ni la colita."

Otros cinco gritaron: "¡Sí! ¡Sí! ¡Guerra al gato malo!"

Luego todos chillaron: "¡Guerra! ¡Guerra a Pirulí!"

Y el primer ratoncito dijo: "¡Yo seré el general!"

"¡Y yo el coronel!"—dijo otro.

"¡Y yo el capitán!"—chilló otro.

"Y ¿qué le haremos?"—preguntó una ratita muy coluda.

"¡Llevemos una candela para quemarle la cola!"—contestó uno.

"¡Y unas tijeras para cortarle los bigotes!" —dijo otro.

"¡Y después nombraremos un Rey!"—gritó una ratita barrigona.

"¡Yo! ¡Yo seré el Rey!"—gritó el de las tijeras.

"¡Muy buenos días, Majestad! ¿Cómo estás?" —dijo entonces una voz. Era el gato Pirulí, que salió de la alacena.

Todos los ratones salieron corriendo. Pero olvidaron a su Majestad.

Pirulí lo agarró, y le dijo: "Oye, Majestad... Córtame los bigotes. Así no tendré que ver a mi barbero."

Su Majestad se moría de miedo. Pirulí lo dejó que se marchara.



Pumbo está muy Malo

¿Qué pasa en casa?

La señora Avestruz tiene a su chico enfermo. Pumbo comió mucho. Ahora tiene fiebre y jaqueca.

Ya su madre mandó a buscar al doctor.

¡Dios mío! ¿Qué tendrá Pumbito? — dice la pobre mamá.

Por fin llega el médico. ¿Qué tiene el chico? —pregunta.

—Fiebre y jaqueca —dice la madre.

El doctor examina al enfermo. Saque la lengua —le dice.

Pumbo abre el pico y saca la lengua.

—Venga la pata —dijo el médico.

Pumbo saca la pata, y el doctor le toma el pulso.

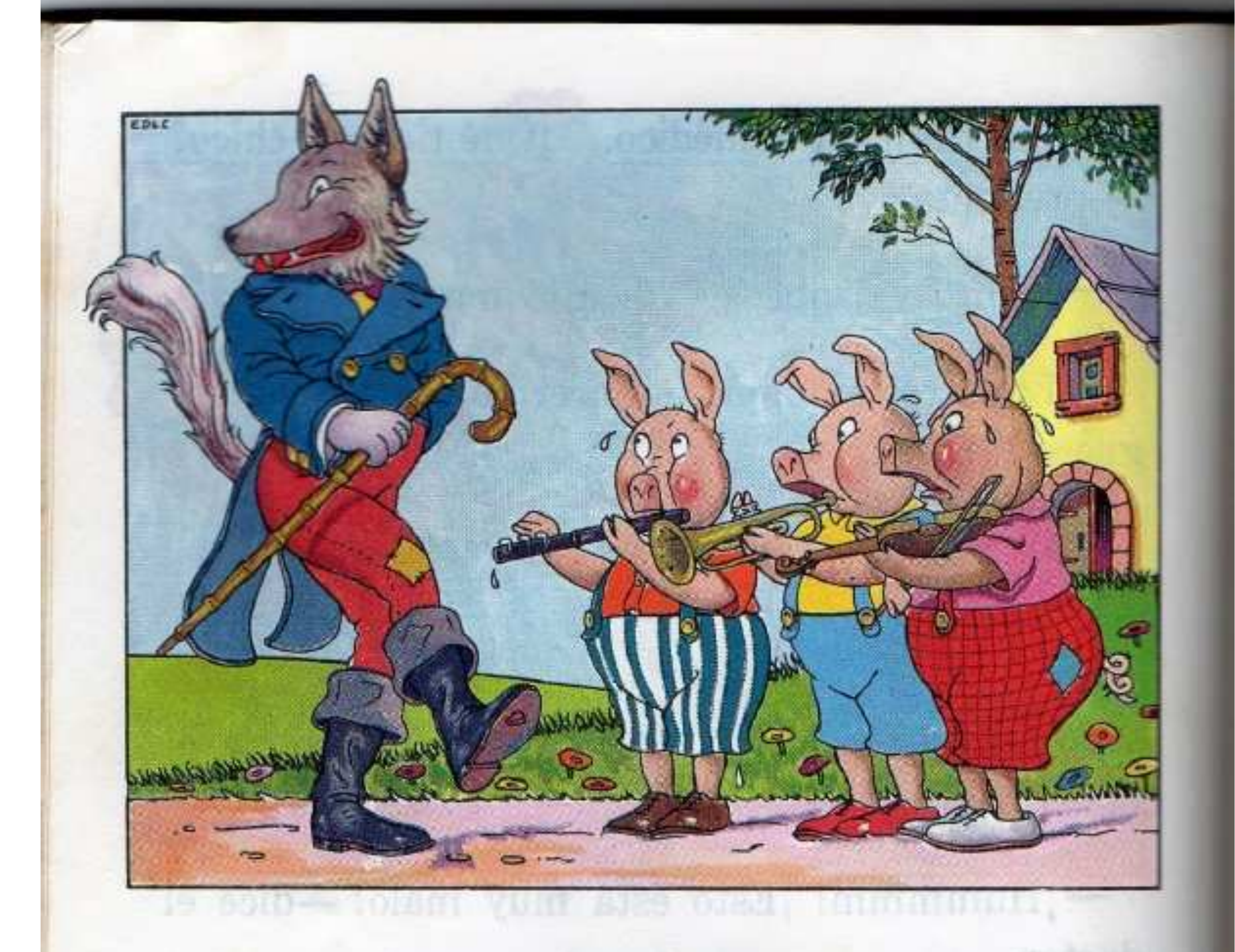
—¡Hummmm! ¡Esto está muy malo! —dice el doctor.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunta la pobre mamá, muy apenada.

—¡Jaqueca y fiebre! —contesta el médico, muy serio.

Después escribe una receta. Luego cobra la— visita, y se va.

Ahora ya sabemos que Pumbo está muy malo. Tiene jaqueca y fiebre —dijo el doctor.



Los Tres Cochinitos

—¿Quién le teme al lobo?—dijo el de la flauta.

—Yo no—dijo el del violín.

—Ni yo—dijo el del pistón.

—Pues entonces, toquemos—dijo el de la flauta.

—Toquemos—dijo el del violín.

—Toquemos—dijo el del pistón.

Así hablaban los tres cochinitos. Luego tocaron sus instrumentos.

Todos los animales del bosque llegaron cuando oyeron la música. Se pusieron a bailar. Por eso no vieron cuando el lobo se acercó de punta de pie.

Cuando acabó la música, el lobo aplaudió: "¡Bravoooo! ¡Bravoooo!"

Los otros animales huyeron al bosque. Los cochinitos, temblando de miedo, llamaban a su mamita: "¡Uíiiiii! ¡Uíiiiii!"

El señor lobo no hizo nada a los cochinitos. Los músicos tocaron otra vez. Los animalitos volvieron, y don lobo estuvo bailando. Pero tuvo que irse cuando el amo vino a buscar a los cochinitos.



¡Terremoto!

Algo malo le ha pasado a las hormigas.

Las pobres van y vienen. Forman un largo caminito negro, que se mueve y se mete en muchas partes.

¡Y son tántas las hormigas!

Tenían una casa de muchos pisos. Allí vivían felices. Pero algo malo les pasó. Estaban muy ocupadas en guardar alimentos. Entonces sintieron

que la tierra temblaba. Creyeron que el piso ya se hundía. Algunas quedaban enterradas.

¡Terremoto! ¡Terremoto! — gritaban espantadas.

Unas se prendían a lo primero que hallaban. Otras corrían y corrían.

Luego oyeron unos agudos gritos. Era que habían mordido las patas delanteras de Ario, el perro de la casa.

El animal había ido a enterrar un hueso, para comerlo después. Pero lo hizo en el mismo lugar en que vivían las hormigas.

El pobre Ario se quedó aullando de dolor.

Mientras, ellas corrían y corrían.

Después buscaron un lugar más seguro para hacer su nido.



La Abejita

Ven, abejita de los vergeles;
tráeme un litro de ricas mieles;
dime si usa también tu Reina
ricos perfumes cuando se peina.

• • • • • •

Soy abejita voladora. Todos los días, muy de mañana, salgo de mi colmena. Voy a los campos y a los jardines, a buscar flores. Ellas guardan la miel bien escondida en las corolas.

Mi boca tiene un largo tubito para chupar la miel. Después la llevo a mi colmena. Entre mis patas llevo también el polen.

Así alimentamos a nuestra amada Reina. También a las abejas que van naciendo.

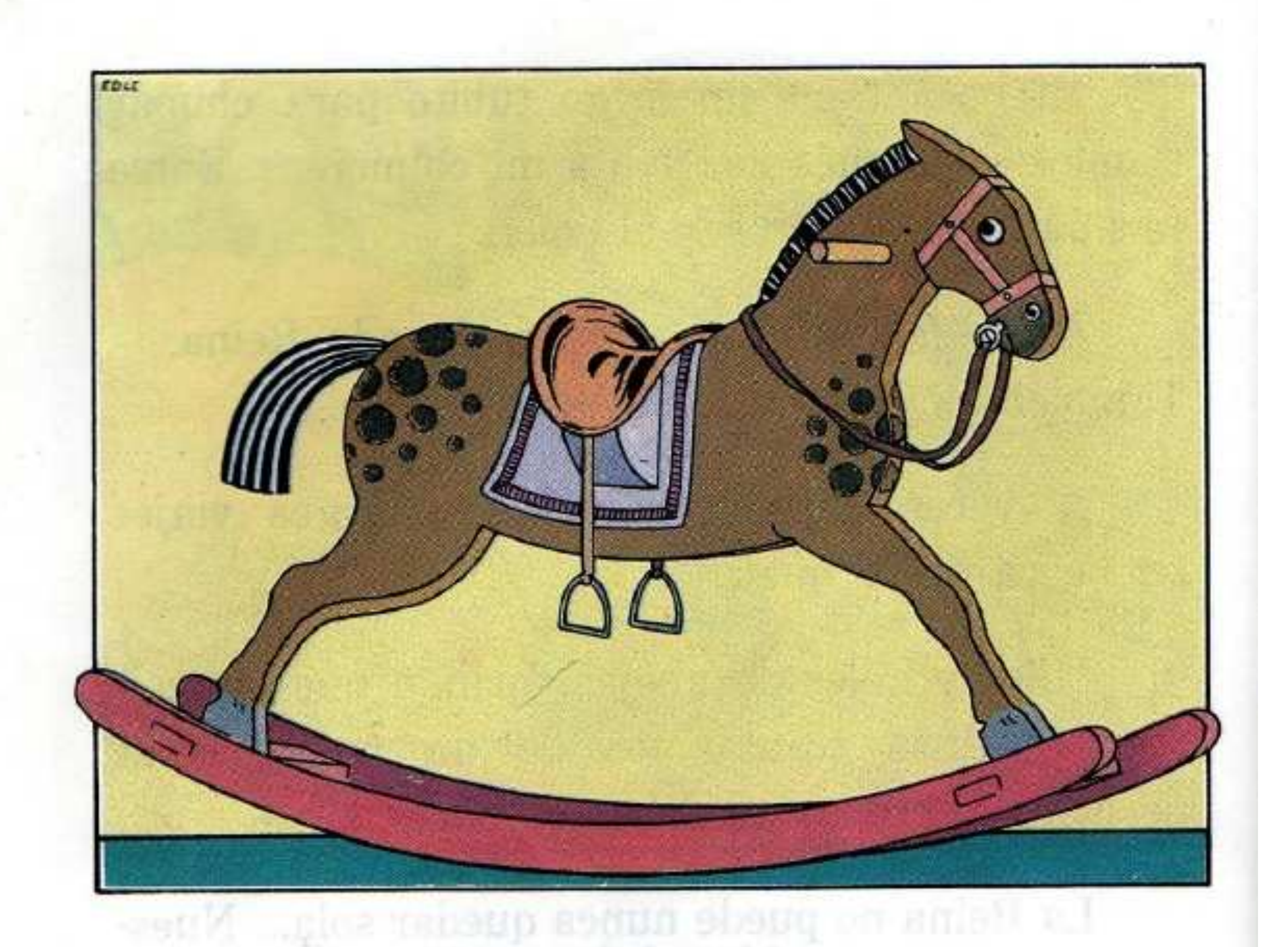
A veces hacemos muchos y largos viajes en busca de la miel.

Miles y miles de abejas forman nuestra colmena. Unas trabajamos de un modo; otras de otro. Pero todas debemos hacer algo.

La Reina no puede nunca quedar sola. Nuestros soldados la cuidan y defienden de nuestros enemigos.

El colmenero limpia nuestra casa cada mes. Se lleva casi toda la miel y la cera que hemos hecho.

Pero ¿qué importa? Él nos cuida y nos defiende también de nuestros enemigos.



Caballito de Palo

Soy caballito de palo;
ni bueno, ni malo;
ni arisco, ni manso;
corro y corro, y no me canso.

Soy un caballo, pero de palo. Mi mamá no fue una yegua correlona como la de los potros de verdad. La mía fue una encina.

No cómo zacate tierno de los prados. No bebo agua clara de los arroyos. Tampoco me han bañado nunca.

Mírame cómo estoy de gordo. Y eso que jamás me dan bocado de afrecho o de maíz.

¿Sabes cómo nací? Voy a contarte.

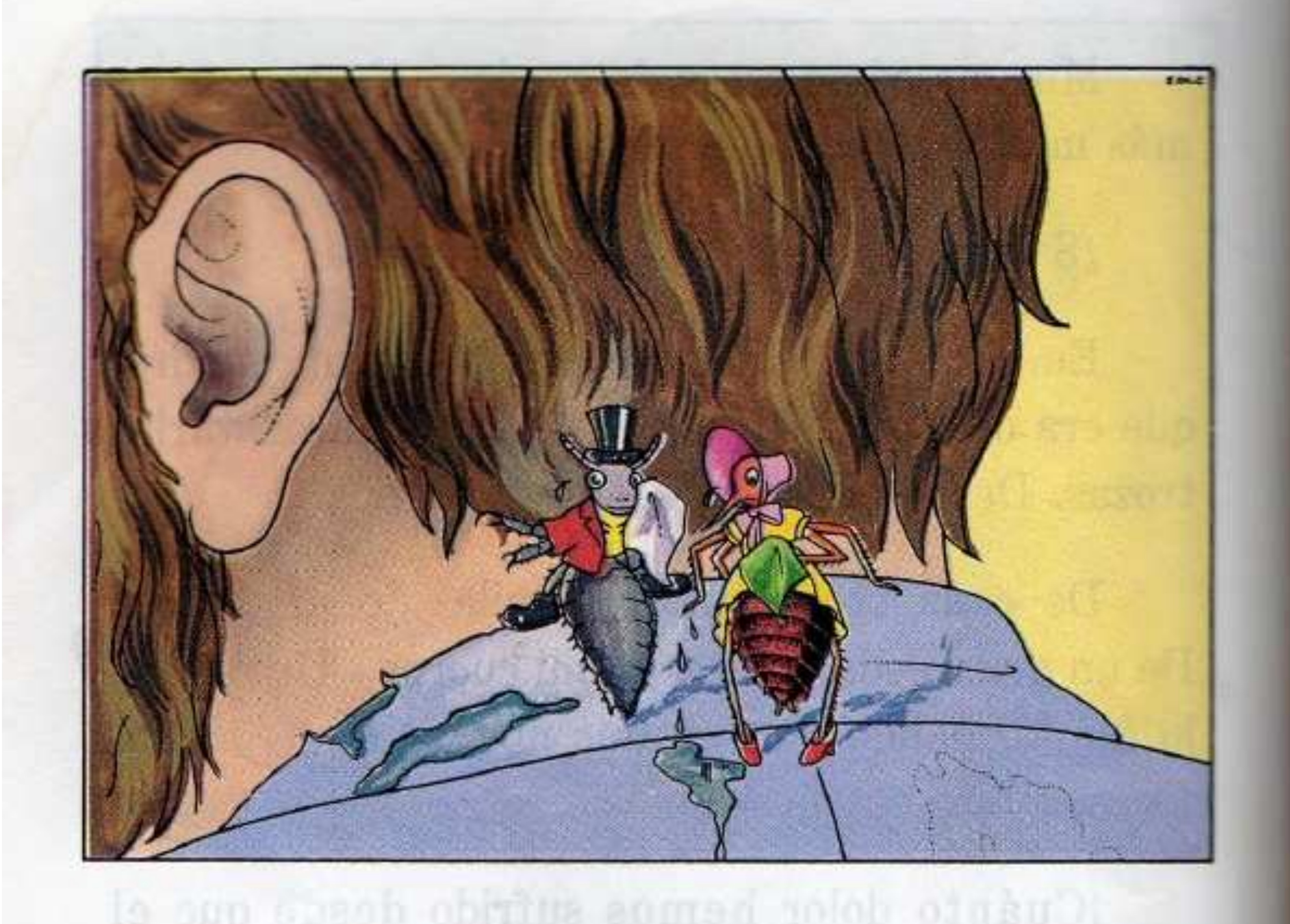
En el bosque, un aserrador botó a mi madre, que era de grueso tronco. De ella sacaron varias trozas. Después las llevaron a la fábrica.

De cada troza hicieron miles de juguetes. De un gran pedazo sacaron mi cuerpo. Un obrero lo fue formando. Fue en una máquina muy filosa. Esa vez hizo muchos caballos.

¡Cuánto dolor hemos sufrido desde que el aserrador quitó la vida a nuestra madre!

Otro obrero nos pintó de bonitos colores, y un talabartero hizo las sillas que pusieron sobre nuestro lomo.

A todos nos llevaron a las tiendas. A mi me compraron para Raulito. Ese niño me quiere y me cuida mucho.



La Pulguita y el Piojo

La pulguita y el piojo
llorando están,
porque don Agapito
se va a bañar.

Van a lavar su ropa;
la aplancharán...
¿Qué hacer los pobrecitos
para su mal?

Un año justo hacía
que el buen señor
dejaba que viviesen
en paz de Dios.

Si con vida los deja
la inundación,
y si ambos no murieran
con el calor.

a otro sitio innoble
irán tal vez,
donde pagar ya deban
un alquiler.

La pulguita y el piojo
llorando están,
porque don Agapito
se va a bañar.



A la Ronda Lironda

Dicen que doña Minina es una buena mamá. Ha criado a sus gatitos con mucha educación.

Ellos saben que no deben ir de noche a los tejados. Eso enoja a los vecinos.

El mayor de ellos es Puc. Es de color gris, como ceniza.